

El Dr. Jekyll y Mr. Hyde

El Dr. Jekyll y Mr. Hyde

Robert Louis Stevenson

Estudio preliminar y traducción
de Jung Ha Kang y Eduardo Rinesi

TRADUCCIONES
LITERARIAS
ARGENTINAS

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Stevenson, Robert Louis

El Dr. Jekyll y Mr. Hyde / Robert Louis Stevenson. - 1a ed. - Los Polvorines :
Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016.

136 p. ; 20 x 14 cm. - (Traducciones literarias argentinas / Kornfeld, Laura; 2)

Traducción de: Jung Ha Kang ; Eduardo Rinesi.

ISBN 978-987-630-253-1

1. Literatura Inglesa. I. Kang, Jung Ha, trad. II. Rinesi, Eduardo, trad. III. Título.
CDD 823

EDICIONES UNGS

©Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)

Provincia de Buenos Aires, Argentina - Tel.: (54 11) 4469-7507

ediciones@ungs.edu.ar - www.ungs.edu.ar/ediciones

Título original: *Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde.*

Colección Traducciones Literarias Argentinas

Dirección: Laura Kornfeld

Comité Editorial: Rocco Carbone y Eduardo Rinesi

Diseño gráfico de la colección: Daniel Vidable

Diseño de interior y tapas: Daniel Vidable

Corrección: Gustavo Castaño

Tipografía: Unna

Jorge de Buen Unna & Omnibus-Type Team

SIL Open Font License, 1.1

<http://www.omnibus-type.com/>



Licencia Creative Commons 4.0

Atribución – No Comercial – Sin Obra Derivada (by-nc-nd)



Libro
Universitario
Argentino

Índice

Estudio preliminar	9
Bibliografía	26
El Dr. Jekyll y Mr. Hyde.....	29
Historia de la puerta	31
En busca del señor Hyde	41
EL Dr. Jekyll estaba bastante tranquilo.....	53
El caso del asesinato de Carew	57
El incidente de la carta	63
El notable incidente del Dr. Lanyon	71
Un incidente en la ventana.....	77
La última noche	81
El relato del Dr. Lanyon.....	97
El informe completo de Henry Jekyll sobre el caso	107
Notas	130

Estudio preliminar

Para Carlos Correas, *in memoriam*

*Apagué la vela, y la oscuridad cayó sobre mí;
era como si me rodeara una muchedumbre...*

R. L. S., *The master of Ballantrae*

*Me gustan los relojes de arena, los mapas, la tipografía del siglo XVIII,
las etimologías, el sabor del café y la prosa de Stevenson...*

J. L. B.

Robert Louis Stevenson nació en Edimburgo en 1850. Su padre, Thomas Stevenson, era un ingeniero dedicado a la construcción de faros, con quien aprendió de niño el sabor de los viajes y del mar –que constituirían la materia de una parte notoria de su obra literaria– y con quien su relación posterior, a causa de su agnosticismo religioso y de su rebeldía literaria, no estaría exenta de fuertes tensiones. Esta circunstancia y la muy precaria salud que lo acompañaría durante toda su vida lo alejaron varias veces, durante su juventud, de Escocia (donde había estudiado en la Academia de Edimburgo y luego en la universidad), especialmente en dirección a Francia. Viajando por ese país, en la década de 1870 Stevenson

recogió el material de algunas de sus primeras crónicas (*Un viaje al continente y Andanzas con una borrica*) y conoció a Fanny Osbourne, una mujer norteamericana diez años mayor que él, casada y con dos hijos. En 1878 Fanny volvió a los Estados Unidos, donde se divorció de su marido y adonde Stevenson la siguió un año después. En 1880 se casaron en San Francisco. Después volvieron a Escocia y viajaron a Suiza, a Francia y a Inglaterra. Los acompañaban los dos hijos de Fanny, uno de los cuales –Lloyd– se convertiría, además de en un estrecho colaborador de Stevenson, en su biógrafo. Más tarde, Stevenson y su familia volverían a los Estados Unidos, y luego recorrerían las islas del Pacífico Sur, para terminar fijando su residencia en Samoa. Allí el autor de *La isla del tesoro* recibió de los nativos el nombre de Tusitala –el narrador de historias–, asumió un firme compromiso político en las luchas internas de aquel convulsionado país y escribió algunos textos fuertemente combativos, como *The Ebb Tide* y *The beach of Falerà*, contra la política colonial de las potencias europeas. Murió súbitamente, de una hemorragia cerebral, en 1894. Aquí, sin embargo, nos interesa encontrarlo en una escala anterior de su periplo, en Bournemouth, en la casa –regalo de casamiento de Thomas Stevenson para su nuera– a la que la familia se había trasladado en 1885. Allí, en Bournemouth, los Stevenson recibieron una larga visita de su amigo Henry James. Allí, también, nació *Jekyll y Hyde*.

Es el propio Lloyd el que cuenta la anécdota que se ha repetido tantas veces: un día, su padrastro bajó a comer absorto en sus pensamientos; devoró su almuerzo sin decir palabra y al dejar el comedor informó que estaba trabajando con extraordinario éxito en una nueva historia que le había sido revelada en un sueño, y que no debía interrumpírsele aunque se prendiera fuego la casa.

La cuestión de la inspiración de la historia en un sueño no carece de interés. El mismo Stevenson, de hecho, declararía más tarde, en un ensayo sobre los sueños publicado en 1892, que la historia de la *nouvelle* que presentamos (más exactamente: la escena central de la transformación del personaje) le había sido dada por los “colaboradores invisibles”, los “duendes benignos”, las “pequeñas personitas” que trabajaban para él, poniendo en escena en algún rincón de su cerebro, mientras él dormía, las historias que después él (“yo –lo que llamo yo mi *ego* consciente–”) no tenía más que volcar sobre el papel. Apenas hay que llamar la atención sobre la importancia de esta alegoría de las “pequeñas personitas” que viven esta especie de vida segunda, onírica, nocturna o (para usar una terminología de la época, que sabemos que, por lo demás, no era desconocida para Stevenson) “subconsciente” del escritor, alejándonos de la imagen racionalista de un sujeto autoconsciente y dueño de sí mismo y confrontándonos en cambio con la idea del hombre como una “criatura” (la palabra es de Stevenson) sujeta a –mejor: habitada por– fuerzas que no puede conocer ni controlar. Sobre todo porque Stevenson hace algo más, en realidad (algo profundamente más radical y desestabilizador), que plantear las dualidades día/noche, vigilia/sueño, conciencia/subconciencia: pone a sus “personitas”, a sus duendes, en el timón de mando de la subjetividad; hace al alma romántica¹ señora del alma racional. Leamos: “La parte [de mi trabajo] que se hace mientras estoy durmiendo es, sin discusión, la parte de los duendes. En cuanto a la parte que se hace cuando estoy despierto y consciente, *todo tiende a mostrar que los duendes tienen una participación en ella también*”

1 Parfraseamos con toda intención el título de un bello y clásico libro de Albert Béguin, *El alma romántica y el sueño*.

(Stevenson, 1892: 207). Así pues, el escritor (pero estamos tratando de ir más lejos: el sujeto) está *todo el tiempo* (y no solamente durante sus sueños) habitado por otros seres que conviven con él e incluso lo gobiernan. Se ve bien que no estamos apenas ante una anécdota sobre el nacimiento de *Jekyll y Hyde*: estamos en su verdadero corazón dramático y –si se nos permite decirlo así– en su verdadero centro conceptual.

Pero nuestra digresión sobre los sueños y sobre el subconsciente nos alejó de la historia de Lloyd Osbourne. Dejamos a Stevenson subiendo a su cuarto con la indicación de que no se lo molestara. Parece ser que pasó allí tres días, tras los cuales apareció con el primer borrador. Cuando lo leyó en voz alta, Fanny –cuyo juicio Stevenson valoraba especialmente– observó que su marido había desaprovechado una magnífica alegoría al tratarla apenas como una novela de misterio. Que había hecho de una reflexión sobre la dualidad de la naturaleza humana una historia policial. Stevenson no aceptó inmediatamente ese derroche de franqueza, pero al rato había quemado íntegramente el manuscrito, a fin de no sucumbir a la tentación de copiarse, y durante los siguientes tres días reescribió toda la historia. El resultado es la “novela corta” que el lector se dispone a leer. Que es –qué duda– una novela de misterio y una historia policial. Pero también, *al mismo tiempo*, una alegoría. Mejor (y con palabras que no son nuestras, sino de ese fervoroso lector argentino de Stevenson que fue Borges): que es un relato alegórico que *finje ser* un cuento policial (1974: 68). Un relato alegórico que, diríamos, *se viste* de cuento policial. Y nadie (por lo menos, ciertamente, nadie después de leer *Jekyll y Hyde*) negará la importancia de los vestidos, de las apariencias y de las ficciones. Estamos ante el meollo formal de la historia que

tenemos entre manos: *Jekyll y Hyde* se nos presenta, en efecto, como un relato policial, al que ciertamente no le faltan, para serlo, ni sus crímenes ni su criminal ni su misterio. Pero sobre el final, cuando ese misterio revela ser indescifrable, cambia su estatuto y se descubre como siendo –como habiendo sido desde el comienzo, en realidad– algo distinto: la alegoría que quería Fanny y celebraba Borges. El procedimiento parece invertir el que, siempre según este último, solía usar Chesterton: porque si el creador del Padre Brown siempre “realiza el *tour de force* de proponer una aclaración sobrenatural y de reemplazarla luego, sin pérdida, con otra de este mundo” (1999: 128 y ss.), Stevenson nos promete hasta último momento una solución “de este mundo” –“sencilla y natural”, como le hace decir al abogado Utterson–, y al final nos regala una fantástica. Si esta solución fantástica no viola sin embargo la regla borgiana de que en un relato policial es necesaria una solución que logre ser maravillosa sin ser sobrenatural (ibídem: 128), es porque lo que en realidad hace es otra cosa: mostrar que lo que parecía ser un relato policial en verdad no lo es.

Para decirlo de otro modo: la solución del enigma de *Jekyll y Hyde* es tanto la solución del enigma de su trama como la solución del enigma de su género. En efecto: durante toda la novela, *parecía* que Jekyll y Hyde eran personas distintas y que *Jekyll y Hyde* era una novela policial. Al final, sabemos que Jekyll y Hyde no eran dos personas, sino una, y que *Jekyll y Hyde* no era un relato policial, sino una alegoría. *Lo que no quiere decir que su eficacia, que la eficacia de este relato alegórico sobre la dualidad humana, no dependa del mantenimiento, hasta el final, de la “ficción” de que se trata de otra cosa: de un relato policial, cuya solución no podría en consecuencia ofrecérsenos sino hasta el final mismo.* (De ahí la

crítica de Borges a las versiones cinematográficas de la historia de Stevenson, cuyos directores “invariablemente encargan a un solo actor el papel de ambos personajes, lo que destruye la sorpresa del fin” [1998: 124]). Si el género del relato policial es “apenas” un disfraz o una apariencia de *Jekyll y Hyde*, ese disfraz o apariencia no le es, entonces, accesorio, y será necesario que consideremos los méritos y el interés de la novela que presentamos *tanto* como alegoría *cuanto* como relato policial. Como alegoría, su valor radica en la fuerza con la que plantea lo que llamaremos “el motivo del doble”, el problema del *alter ego*, esa cuestión que –para volver a citar al autor de *El aleph*– “los espejos del cristal y del agua han sugerido a las generaciones” (ibídem: 123) (lo que es decir: esa cuestión vieja como la literatura o como el hombre), pero que en el modo en que la pone a funcionar Stevenson nos deja leer también algunos de los grandes trazos del mundo de las ideas literarias y científicas de la segunda mitad del siglo XIX. Como relato policial, constituye un magnífico ejemplo del tipo de novela que una abundante bibliografía crítica nos ha habituado a identificar como característica del período victoriano. Vamos, entonces, por partes.

El motivo del doble constituye ciertamente una constante en la literatura de Stevenson, que de este modo se inscribe, por un lado, en la tradición literaria escocesa dedicada a la consideración de los efectos de “la división de la personalidad resultante de las formas más rigurosas y más represivas del calvinismo” (Letley, 1998),² y cuyo representante más alto había sido, en la primera mitad del

2 Hemos seguido en más de un punto de este estudio preliminar la erudita y estimulante “Introducción” de Emma Letley a la edición de Oxford University Press (que es, como se indica en otro lugar, una de las que usamos en este trabajo) del texto de Stevenson.

siglo, James Hogg y sus *Confesiones de un pecador justificado*, de 1824; y por otro lado en la serie de tratamientos de la cuestión del doble en la literatura de su tiempo, desde *William Wilson* (1839) de Edgar Allan Poe, pasando por *El doble* (1846) de Dostoievski, hasta *El retrato de Dorian Gray* (1890) de Oscar Wilde, del que Borges decía que era una variación decorativa del tema de la novela que presentamos. Ha sido destacada también la importancia que en la génesis de esta preocupación por el problema del doble en el pensamiento de Stevenson tuvo un personaje real de su época de juventud: se trata de un tal Brodie, diácono de Edimburgo, que era ebanista de día y ladrón de noche. Emma Letley indica que el joven Robert Louis tenía en su cuarto un par de muebles fabricados por este personaje, pero sugiere también que, hijo único de una estricta familia burguesa en la Escocia protestante de mediados de siglo, al muchacho siempre le había fascinado más la doble vida del sujeto que sus habilidades específicas en el ejercicio de su profesión diurna. Fue así que en 1884 terminó, en colaboración con su amigo el poeta y dramaturgo W. E. Henley, una pieza teatral llamada *El diácono Brodie o la doble vida*, primer esbozo, en su obra, del tópico que alcanzará su desarrollo culminante en la novela que presentamos, e inspiración evidente –como Daniel Balderston ha subrayado con razón– de “El informe de Brodie” borgiano, cuyo personaje también es escocés, también es misionero y también tiene una existencia doble (1985: 103 y ss.). Stevenson desplegó esta cuestión del doble, también, en “Markheim” (1884), en “Olalla” (1885), en “The Merry Men” (“Los hombres felices”, 1887), en *The Master of Ballantrae* (*El señor de Ballantrae*, 1889), en “Tale of Tod Lapraik” (“La historia de Tod Lapraik”, 1893) y en “The Song of the Morrow” (“La canción del mañana”, 1895 [1887-8]). Pero no hay

duda de que es en *Jekyll y Hyde* donde el tema del doble alcanza su forma más acabada.

Sobre todo porque allí este motivo del doble se asocia con un conjunto de otros tópicos –literarios y científicos– que lo complementan y que refuerzan su interés. En primer lugar debe apuntarse la inscripción de la novela dentro de una tradición de textos literarios animados por lo que se ha caracterizado como una “fantasía de la reincidencia”. La palabra –*recidivism*– es extremadamente sugerente. Alude, en primer lugar, a la reincidencia *criminal*, a la obstinación en las conductas delictivas, al hábito o la repetición de comportamientos ilegales. Pero en una segunda acepción –que obviamente no antagoniza con la primera, sino que pronto se acopló a ella, como de modo muy notorio lo hace en *Jekyll y Hyde*– comenzó a designar, a partir de la publicación de *El origen de las especies* de Darwin, en 1859, el temor a una “regresión” en la dirección evolutiva de la humanidad, el temor a que “los hombres, si se descuidan, puedan recaer en la animalidad”, como se lee en una historia infantil de otro escritor escocés, George MacDonald, tres años anterior a la novela que nos ocupa. Este imaginario de la reincidencia en la bestialidad funciona con mucha fuerza en las numerosas descripciones que el texto de *Jekyll y Hyde* nos ofrece del “horrible”, “repugnante”, “asqueroso” Edward Hyde, de quien Richard Enfield afirma en el primer capítulo de la novela que “no parecía un hombre”, el abogado Utterson opina, en el segundo, que “a duras penas parece humano”, la muchacha que presenció el asesinato de Sir Danvers asegura, en el cuarto, que actuaba “con una furia animal”, el buen Poole recuerda, en el octavo, que gritaba “como una rata”, y el pobre Lanyon nos dice espantado, en su “relato”, que era una “criatura” con “algo de anormal y de

contrahecho”. En ningún lugar del texto, sin embargo, la descripción de Hyde como un animal es tan nítida como en el “informe completo” de Henry Jekyll. De ese largo documento, detengámonos apenas en la narración del despertar de Jekyll en su dormitorio y de su descubrimiento de que su identidad había cambiado durante la noche: en cierto momento, en medio de una agradable duermevela matinal –cuenta el doctor–, “mis ojos descubrieron mi mano. Ahora bien: la mano de Henry Jekyll (como a menudo has observado) tenía la forma y el tamaño de las de un profesional: era grande, firme, blanca y bien proporcionada. La mano que ahora veía con bastante claridad, a la luz amarillenta de una mañana de Londres, tendida entreabierta sobre las sábanas, era en cambio delgada, llena de nervios y de nudos, de una palidez sombría, y *densamente cubierta por un manto de vello oscuro*. Era la mano de Edward Hyde”.

El destacado es nuestro, evidentemente, y es lo que nos interesa aquí. Sin embargo, nada nos impide aprovechar la cita para hacer antes dos breves anotaciones, como de pasada, en relación con su primera frase –“mis ojos descubrieron mi mano”–, sobre la que también Balderston, en el libro que ya hemos citado, llama la atención. En primer lugar, es fácil ver que la declaración de Jekyll “objetiviza” a las partes de su cuerpo dándoles una cierta autonomía, emancipándolas del conjunto orgánico al que pertenecen y presentándolas como porciones de un paisaje exterior al sujeto que las designa. Esta idea del cuerpo como un objeto (como un vestido, un abrigo, un disfraz) es fundamental en *Jekyll y Hyde*. En segundo lugar, reparemos en que el uso del posesivo (*mis* ojos, *mi* mano) plantea de modo tan siniestro como eficaz el problema central de la escena, que es el problema de la identidad. “Mis” ojos descubrieron

“mi” mano, escribe Jekyll, pero el resultado de ese encuentro es su aterradora comprensión de que ni sus ojos ni su mano son en verdad “suyos”, sino de Hyde. Mejor (no: peor): de que sus ojos y su mano son suyos, sí, *pero que él no es Jekyll, sino Hyde*. La escena, por cierto, no podría ser más “borgiana” (ibídem: 48 y ss.). Pero hemos vuelto a distraernos. Lo que nos interesaba acá, decíamos, de la cita del “Informe” de Jekyll que cierra la novela, son las características de esa mano que yace tendida entre las finas sábanas de la cama del doctor. Que es una mano, entonces, nervuda, nudosa y *llena de pelos*. Lo que ya Stevenson nos había dado varios motivos para suponer es ahora completamente evidente: Hyde no es apenas una bestia, en general y sin discriminación; es –mucho más específica y, digamos, “darwinianamente”– *un simio*, un hombre-mono, un eslabón menos-que-humano en la evolución de las especies. Ya en esa dirección apuntaban, por cierto, una serie de indicios distribuidos a lo largo de la novela. En efecto, la primera imagen que tenemos de Hyde, en el relato inicial de Enfield, es la de “un hombre pequeño que marchaba a buen paso, aunque cojeando”. *Como los monos*. Un poco después, cuando Utterson lo está esperando frente a la puerta de la calle de las tiendas, lo oye llegar con unas pisadas que son también sugerentemente “extrañas y ligeras”. Lanyon, por su parte, lo verá primero “agachado”, después lanzándose “de un salto” sobre el cajón que había traído de la casa de Jekyll, y enseguida moviendo “enérgicamente” sus mandíbulas. Poole asegurará haberlo visto saltar “como un mono” desde el anfiteatro al gabinete. Sobre el final de la novela sabremos además sobre las burlas “simiescas” que la criatura –de quien nos enteraremos que, encarcelada en el cuerpo de su progenitor, solía “rugir”, “bramar” y “gruñir” por su libertad– le hacía al desgraciado doctor.

Pero las descripciones de Hyde como un animal, o más específicamente como un simio, no agotan sin embargo el campo de recursos metafóricos a los que Stevenson recurre para caracterizarlo. Junto con ellas es necesario advertir la importancia de los pasajes que, prefiriendo describirlo como una “cosa” o como un “monstruo”, nos permiten asociar la novela de la que nos ocupamos con la larga tradición literaria de las criaturas monstruosas creadas con los instrumentos de la ciencia y vueltas contra su creador. El lazo que vincula a la novela de Stevenson con la “cabeza de serie” de esta vasta tradición de inspiración gótica y fantástica, el *Frankenstein* de Mary Shelley, de 1818, es suficientemente evidente como para que debamos subrayarlo. Hyde es, en efecto, un monstruo, un sujeto de una monstruosidad que es tanto física (es un enanoide, como se nos dice muchas veces, y parece un malformado, aunque sugestivamente nadie pueda precisar en qué consiste exactamente su malformación) como moral (carece absolutamente de límites y tiene una disposición natural a hacer el mal). Pero no es este aspecto exterior y constantemente subrayado de su personalidad lo que aquí nos interesa, sino el hecho de que –como ha observado Emma Letley en el texto que ya hemos citado, y Jerom Charyn en un breve y sugestivo ensayo dedicado enteramente a esta cuestión– la rebeldía de Hyde en contra de Jekyll es (de nuevo: como la de Frankenstein) la rebeldía de una criatura contra su creador, y, de alguna manera, la de un hijo contra su padre. La cuestión aparece muy nítidamente indicada en el propio texto: “Jekyll tenía un interés mayor que el de un padre; Hyde, una indiferencia mayor que la de un hijo”. Se ha sugerido que las conflictivas relaciones de Stevenson con su propio padre constituyen un dato de su biografía que puede ayudar en la interpretación de este énfasis. Al fin y al cabo, ¿no había sido también él un rebelde

vuelto –y vuelto con violencia– contra su progenitor? ¿No había sido la causa de una de sus crisis con el viejo Thomas aquel manifiesto fundacional de la sociedad que había formado con su primo Bob Stevenson y su amigo Charles Baxter, que comenzaba llamando a “desconocer todo lo que nos han enseñado nuestros padres”? Desde luego, no estamos intentando aquí ninguna “psicología de la literatura” a la violeta. No nos interesa conocer las causas íntimas que pudieron haber llevado a Stevenson, eventualmente sin que él mismo lo supiera, a escribir su novela. Sin embargo, presentar el posible paralelismo entre los pares que forman por un lado Thomas y Robert Louis y por el otro Jekyll y Hyde puede ayudarnos a echar luz sobre otro inquietante problema que no escapará a la penetración del lector, que es el de que los sentimientos de Stevenson hacia Hyde, igual –por lo demás– que los del pobre Jekyll, están lejos de ser de puro rechazo.

Es lo que subraya Charyn en el artículo que mencionábamos, donde se puede leer la tesis de que Hyde es, si no un “autorretrato” de Stevenson, sí al menos el retrato que nos hace Stevenson del tipo de artista que tenía como modelo o paradigma: el retrato que nos hace Stevenson “del artista como un chico malo”, como dice Charyn jugando con un notorio título de James Joyce (1981: 107). *El arte como destrucción y la destrucción como arte*. La metáfora, que como puede verse es de ida y vuelta, apunta, en una dirección, hacia Baudelaire y la tradición de los “poetas malditos”, cuya lectura Stevenson, su primo y sus amigos sin duda frecuentaron con fervor, y, en la otra dirección, hacia De Quincey y su idea del asesinato “como una de las Bellas Artes”. Y si en el primero de esos dos sentidos nos revela un Stevenson que entiende la creación artística como destrucción de las normas de la civilidad burguesa

y como rechazo de los mandatos heredados, en el otro nos permite pensar al abominable Hyde –decíamos– como un artista. Como un artista del mal, de la muerte, de la destrucción. Sabemos de los males que ha causado y de la muerte que se ha cobrado, y sobre el final del “informe completo” de Jekyll nos enteramos de que, entre muchas otras cosas que ha destruido, ha hecho pedazos las cartas y quemado el retrato del padre de su creador, y que con la letra de este último ha llenado de blasfemias sus libros piadosos. ¿No hay acaso en estos actos –se pregunta Charyn– mucho del propio Stevenson, que destruyó el “retrato” de su padre y se convirtió en un artista en lugar de en el ingeniero que iba a ser, y se enfrentó con él por cuestiones religiosas? Ni siquiera es necesario suscribir la segunda de las tesis que nos propone Charyn (a saber: la sugestiva pero más arriesgada tesis de que, igual que Jekyll, Hyde sería también un ser dual, escindido, compuesto, que tendría un *alter ego* –Jekyll– dentro de sí y que padecería esta separación no menos que su progenitor) para comprender la fascinación de Stevenson por su monstruosa criatura. De Stevenson y, hasta cierto punto, *del propio Jekyll*, que hasta el final sostiene que el amor de Hyde a la vida es “maravilloso” y encuentra en su corazón “piedad” hacia él. Si algo de Hyde le gusta a Stevenson (y si algo de Hyde le gusta a Jekyll) es *exactamente su “lado” malo, “maldito”,* agote este o no toda su personalidad.

Como quiera que sea, esta personalidad monstruosa y bestial de su *alter ego* se va apoderando de Jekyll a medida que avanza la historia. Porque si al comienzo el doctor controlaba sus transformaciones y disfrutaba de la posibilidad de vestir –cuando él lo disponía y a fin de dar rienda suelta a sus más bajos instintos– otra personalidad, el experimento se le va yendo progresivamente de las manos:

Hyde –escribe Charyn– empieza a correr a Jekyll a empellones y, por así decir, a asumir el mando. Igual que los duendes benignos de Stevenson no gobernaban su conciencia solamente durante la noche, el “duende maligno” de Jekyll empieza a cobrar autonomía y a no aparecer en escena solo cuando lo llaman a comparecer. En efecto, varias veces el doctor sufre la metamorfosis de su persona sin la mediación de la droga que la hacía posible al inicio, y al final es solo merced a un enorme esfuerzo de su voluntad, a una enorme *represión* de su otro yo (mucho mayor sin duda que la que su deseo de respetabilidad había debido ejercer en sus años mozos sobre sus inconfesables tentaciones, sean cuales sean que estas hayan sido), que consigue mantener la apariencia del desdichado Jekyll. (Porque reparemos en que ahora, sobre el final, es esta la que se ha vuelto apenas su “apariencia”). Permítasenos subrayar apenas dos ideas: por un lado, la de un alma habitada por fuerzas, impulsos o pasiones secretas que no puede comprender ni controlar; por otro, la de la civilización como producto de la represión de esos impulsos primarios por un sujeto moral. Estamos en un terreno bien reconocible: en el terreno que no tardaría en recorrer y en sistematizar Sigmund Freud con su conceptualización del inconsciente, las pulsiones y la escisión del sujeto.

Pero además de constituir una alegoría notable de un conjunto de problemas filosóficos, psicológicos y morales que ocupaban al pensamiento europeo de la segunda mitad del siglo XIX, *Jekyll y Hyde* es *también*, decíamos bastante más arriba (o finge ser, o se disfraza de, o debe ser leída como), un típico relato policial o de misterio. Ninguno de los rasgos propios de este género, característico de la Inglaterra victoriana, está ausente de ella. Primero, la escenografía, que no es otra que la de la gran ciudad: la gran ciudad

de “los transeúntes, los negocios y los coches de alquiler”, como se puede leer en el celeberrimo ensayo de Walter Benjamin sobre Baudelaire (1972) –y hay abundancia de transeúntes, de negocios y de coches de alquiler en *Jekyll y Hyde*–, donde el individuo ve desaparecer sus rasgos singulares, y puede desaparecer él mismo (“como si nunca hubiera existido”, como escribe Stevenson sobre Hyde), en medio de la multitud. De esa multitud “bulliciosa y furtiva” (Bresciani, 1982: 13) que, diurna o nocturna (es decir: hecha de trabajadores, burgueses y clientes de las tiendas, o de ladrones, traperos y prostitutas), ofrece ese “sordo rumor” que rodea las esperas del paciente Utterson frente a la misteriosa puerta de la callecita comercial, y, más en general, la serena privacidad de los hogares burgueses en cuyos interiores (he ahí otra magnífica “iluminación” benjaminiana: la de los interiores burgueses como contracara de la masificación desindividualizante) se desarrolla la historia que va a leerse. Pero la gran ciudad del relato policial clásico en general –y de *Jekyll y Hyde* en particular– no es solo la ciudad industriosa y animada de las multitudes, sino también la ciudad de la enfermedad, la miseria y la mendicancia. No es solo la ciudad de *El hombre de la multitud* (1840) de Edgar Allan Poe, sino también la de *La situación de la clase trabajadora en Inglaterra* (1844) de Friedrich Engels: ahí están –en *Jekyll y Hyde*– los vagabundos que se refugiaban en el descanso de la famosa puerta; ahí están también la calle sucia, la taberna, el restorán francés de mala muerte y la multitud de chicos harapientos y de mujeres “de diferentes nacionalidades” con los que no sin horror tropieza la vista de nuestro abogado en su obligado paseo por el barrio del Soho.

Sobre ese escenario va disponiendo Stevenson los elementos que contribuyen a crear el clima de misterio en que se desplegará la

historia. Y esto desde el comienzo. En efecto, Letley ha destacado la importancia, ya en el primer capítulo, de tres piezas claves en la configuración de esta atmósfera rarificada que rodea al relato. En primer lugar, el edificio de la puerta por donde Enfield vio entrar a Hyde *no tiene ventanas a la calle*, como si quisiera ocultarnos detrás de su “pared descolorida y sin aberturas” sus secretos. Segundo, el cheque con el que Hyde sale por esa puerta está firmado por *alguien a quien no se puede nombrar*, y cuyo nombre, de hecho, nosotros no conoceremos sino hasta el capítulo siguiente. Por fin, la monstruosidad de Hyde parece resistir cualquier descripción un poco más específica que la alusión muy general a que “había algo raro” y horripilante en su apariencia (Letley, 1998: 13). Desde el comienzo, pues, y profundizándose a medida que capítulo a capítulo Stevenson va agregando nuevas piezas al rompecabezas, nos acompaña la idea de que hay algo de siniestro, de oscuro, de indecible, en toda la historia, como hay algo de oscuro y de innombrable, de secreto, de peligroso, en la intimidad de las conciencias de sus protagonistas, que nunca terminamos, a pesar de sus “confesiones” aparentemente desgarradoras, de conocer. En este sentido, vale la pena señalar la importancia metafórica y dramática de la fuerza que en el texto que vamos a leer tienen las menciones constantes a las brumas, la niebla, los paisajes ensombrecidos por las nubes y, sobre todo, la *oscuridad*. Que si en el interior de las casonas de los protagonistas es conjurada por el resplandor chisporroteante del fuego de acogedoras chimeneas o por la luz servicial de oportunas velas, candelabros o bujías, en la calle es combatida por las filas de faroles de gas que se encienden a mano, uno por uno, y derraman una luz tenue y protectora, casi hogareña ella también, aunque no lo suficiente como para ahorrarle a Enfield, en aquella

madrugada fatídica en la que iba a conocer a Hyde, “ese estado de ánimo en el que uno no hace más que aguzar el oído y empieza a desear que aparezca un policía”.³

Esa semipenumbra, entonces, hecha de bolsones de luz titilante en medio de insondables manchas de sombra densa y amenazadora, termina de pintar el paisaje urbano que sirve de marco a nuestra historia. ¿Pero no constituye también la mejor metáfora de las almas de sus protagonistas? ¿No es también, esta semioscuridad, esta permanente bruma, la perfecta metáfora de esas almas opacas, torturadas e ignorantes de sí mismas, de esas almas duales, hechas –ellas también– de luces y de sombras: de sombras tremendas, profundas, insondables, de luces cuyo pálido destello ilumina siempre menos de lo necesario? En efecto: la oscuridad es, en *Jekyll y Hyde*, oscuridad de las casas y de las calles, pero sobre todo oscuridad de las vidas y de los actos de las vidas, oscuridad de las almas y de los corazones, oscuridad moral e intelectual de las conciencias, oscuridad de los valores y –para terminar estas líneas con una cita argentina– *oscuridad de la razón*.

Jung Ha Kang
Eduardo Rinesi

³ Es destacable el interés que este hijo de un constructor de faros que era Stevenson manifestaba por las tecnologías de iluminación de la ciudad. Ese interés no solo lo llevó a sembrar de faroles a gas el texto de la novela que nos preparamos para leer, sino que le inspiró una nostálgica elegía de esos mismos faroles –incluida en su *Virginibus Puerisque*, de 1881– cuando ellos fueron reemplazados, pocos años más tarde, por el brillo más intenso y terrorífico de las luces eléctricas.

Bibliografía

- Balderston, Daniel (1985). *El precursor velado: R. L. Stevenson en la obra de Borges*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Béguin, Albert (1954). *El alma romántica y el sueño*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Benjamin, Walter (1972). *Iluminaciones II. Baudelaire. Un poeta en el esplendor del capitalismo*. Madrid: Taurus.
- Borges, Jorge Luis (1999). “Los laberintos policiales y Chesterton”. Publicado originalmente en *Sur*, n° 10, julio de 1935, y recogido en *Borges en Sur (1931-1980)*. Buenos Aires: Emecé.
- (1998). “Robert Louis Stevenson: las nuevas noches árabes. Markheim”. En *Biblioteca personal*, pp. 122-124. Madrid: Alianza.
- (1974). “El Dr. Jekyll y Edward Hyde, transformados”. Publicado originalmente en *Sur*, n° 87, diciembre de 1941, y después en Cozarinsky, Edgardo, *Borges y el cine*, pp. 67-68. Buenos Aires: Sur.
- Bresciani, Maria Stella M. (1982). *Londres e Paris no século XIX: o espetáculo da pobreza*. San Pablo: Brasiliense.
- Charin, Jerome (1981). “Who is Hyde?”. Posfacio a Stevenson, Robert Louis, *Dr. Jekyll and Mr. Hyde*. Nueva York: Bantam Books.
- Letley, Emma (1998). “Introduction” a su edición de *The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde and Weir of Hermiston*. Oxford y Nueva York: Oxford University Press.

Stevenson, Robert Louis (1892). “A chapter on dreams”. Publicado originalmente en *Across the Plains* e incluido como apéndice en la edición de Emma Letley, *op. cit.*

El Dr. Jekyll y Mr. Hyde

Para Katharine de Mattos

*It's ill to loose the bands that God decreed to bind;
Still will we be the children of the heather and the wind.
Far away from home, O it's still for you and me
That the broom is blowing bonnie in the north countrie.*

*“Es funesto desatar los lazos que Dios ordenó mantener;
Pero nosotros seremos hijos de la naturaleza y del viento.
Lejos de casa, oh, es todavía para ti y para mí
Que los prados se agitan alegres en la tierra del norte”.*¹*

The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde fue publicado por primera vez por Longmans, Green, en 1886. Hemos utilizado aquí dos ediciones: R. L. S., *Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde and Other Stories*, editado por Peter Feierabend, Könemann, Hungría, 1995, y R. L. S., *The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde and Weir of Hermiston*, editado, presentado y anotado por Emma Letley, Oxford University Press, Oxford y Nueva York, 1998.

1 Las intervenciones de la traducción se indican con un asterisco, que remite a las “Notas” situadas al final del texto.

Historia de la puerta

El abogado Utterson era un hombre de semblante adusto que jamás se iluminaba con una sonrisa. Largo y enjuto, era un sujeto frío, parco y distante al conversar, reservado en los sentimientos, seco y melancólico, y sin embargo, por alguna razón, querible. En las reuniones con amigos, y cuando el vino le agradaba, algo profundamente humano surgía de su mirada; algo que, por cierto, nunca encontraba manifestación en sus palabras, pero que se expresaba no solo en esos silenciosos gestos de su rostro en la sobremesa, sino también, más a menudo y con mayor elocuencia, en los actos de su vida. Era austero consigo mismo: cuando estaba a solas tomaba gin a fin de castigar su gusto por los buenos vinos, y aunque le gustaba el teatro no había franqueado las puertas de ninguno durante veinte años. Pero tenía una probada tolerancia hacia los demás: a veces se maravillaba, casi con envidia, de la enorme presión que sufrían los espíritus envueltos en sus propias fechorías, y, en cualquier situación extrema, se inclinaba más a dar una mano que a censurar. “Respeto la herejía de Caín”, solía decir con tranquilo desprejuicio. “Dejo que cada uno se vaya al infierno como quiera”. Por eso, su destino era con frecuencia el de ser la última relación honorable y la última buena influencia en las vidas de los hombres caídos en desgracia, a quienes trataba, mientras seguían visitándolo, sin mostrar nunca la sombra de un cambio de actitud.

Sin duda, al señor Utterson debía resultarle fácil actuar así, porque era siempre muy poco demostrativo y parecía fundar sus amistades en una generosa liberalidad de espíritu. Es propio del hombre modesto aceptar el círculo de amigos que le ha tocado en suerte, y eso hacía el abogado. Sus amigos eran los de su propia sangre, o aquellos a quienes conocía hacía más tiempo. Sus afectos, como la hiedra, eran producto del tiempo, y no siempre eran merecidos por los otros. De ahí, sin duda, el lazo que lo unía al señor Richard Enfield, pariente lejano suyo y hombre bien conocido en toda la ciudad. Para muchos era un misterio qué era lo que cada uno podía ver en el otro o lo que podían tener en común. Quienes los habían encontrado en sus caminatas dominicales aseguraban que no se decían palabra, que se los veía llamativamente aburridos y que parecían dispuestos a recibir con evidente alivio la aparición de cualquier amigo. A pesar de ello, los dos hombres ponían el mayor interés en estos paseos, a los que consideraban el mejor momento de la semana, y, con tal de no tener que interrumpirlos, no solo rechazaban otros pasatiempos, sino que llegaban a desatender sus obligaciones.

En una de estas excursiones ocurrió que sus pasos sin rumbo los condujeron a una callecita en un trajinado barrio de Londres. La calle era pequeña, lo que se dice tranquila, pero de una actividad comercial floreciente durante los días de semana. Al parecer, sus habitantes eran prósperos y se empeñaban en serlo aún más, gastando los sobrantes de sus ganancias en adornar con coquetería las vidrieras que se sucedían a lo largo del pasaje, lo que les daba a estas el aire tentador de una hilera de vendedoras sonrientes. Aun los domingos, cuando estaban velados sus encantos y se mostraba relativamente vacía, la calle brillaba, como el fuego en un bosque, en contraste con el deslucido barrio en el que se encontraba, y con

sus persianas recién pintadas, sus bronces relucientes, su pulcritud general y su característica alegría capturaba y complacía de inmediato la mirada del transeúnte.

A dos puertas de una esquina, sobre la mano izquierda yendo hacia el este, la sucesión de escaparates estaba interrumpida por la entrada a un patio, y en ese preciso lugar una siniestra casona proyectaba el alero de su tejado sobre la vereda. Era una casa de dos plantas, sin ventanas a la calle. Solo tenía una puerta en el piso inferior y una pared descolorida y sin aberturas en el superior. Mostraba en cada detalle los signos de un largo y sórdido abandono. La puerta, que carecía de campanilla y de llamador, tenía la pintura descascarada y deslucida: los vagabundos que se refugiaban en su descanso encendían sus fósforos sobre la superficie de sus hojas, los niños se reunían en el umbral y algún estudiante había probado su navaja en sus molduras. En casi una generación nadie parecía haberse ocupado de echar a esos inopinados visitantes o de reparar los estragos que habían hecho.

El señor Enfield y el abogado se encontraban del otro lado de la calle. Cuando estuvieron frente a la entrada, el primero levantó su bastón y, señalándola, preguntó:

—¿Se había fijado alguna vez en esa puerta? —Y cuando su acompañante le respondió afirmativamente, continuó—: en mi recuerdo está asociada a una historia muy extraña.

—¿De veras? —dijo el señor Utterson con un ligero cambio en la voz—. ¿Y de qué se trata?

—Bueno, ocurrió lo siguiente —continuó el señor Enfield—: yo regresaba a mi casa desde algún remoto lugar, alrededor de las tres de una oscura madrugada de invierno, y mi camino me llevó a atravesar una zona de la ciudad donde literalmente no se veía

otra cosa que los faroles del alumbrado. Calles y calles, y todo el mundo durmiendo –calles y calles, todas iluminadas como para una procesión, y todas tan desiertas como una iglesia–, hasta que terminé preso de ese estado de ánimo en el que uno no hace más que aguzar el oído y empieza a desear que aparezca un policía. De repente vi dos figuras: una era la de un hombre pequeño que marchaba a buen paso, aunque cojeando, en dirección al este; la otra, la de una niña de unos ocho o diez años que venía corriendo tan rápido como podía por una calle transversal. Previsiblemente, chocaron al llegar ambos a la esquina. Lo horrible del asunto fue el modo en que el hombre, tras atropellarla, pasó sobre el cuerpo de la niña pisoteándola sin ninguna consideración, y la dejó gritando, tirada en el suelo. Así contada, la escena parece poca cosa, pero, vista, fue demoníaca. No parecía un hombre, era como un maldito Juggernaut.* Le grité, lo corrí, lo alcancé, lo agarré del cuello y lo llevé de vuelta hacia el lugar, donde ya se había reunido un considerable grupo de personas alrededor de la niña que sollozaba. Él estaba perfectamente tranquilo y no ofreció resistencia, pero me echó una mirada tan espantosa que sentí un sudor frío recorrer todo mi cuerpo. La gente que había acudido era de la familia de la niña, y enseguida apareció el médico al que ella misma había sido enviada a buscar minutos antes. Pues bien, la niña, según aquel matasanos, estaba bien: todo no había sido más que un susto, y usted podrá suponer que aquí termina la historia. Pero ocurrió algo curioso. Yo le había tomado aversión a mi caballero desde el primer momento en que lo vi. Lo mismo había sentido la familia de la niña, lo que era completamente natural. Pero lo que me sorprendió fue la actitud del médico. Se trataba del típico boticario preparado, de edad incierta y aspecto indefinible, con un fuerte acento edimburgués, y menos

expresivo que una gaita. Pues bien: a él le pasaba lo mismo que a nosotros. Pude notar que cada vez que miraba a mi prisionero sentía náuseas y empalidecía con deseos de matarlo. Cada uno de nosotros había leído los pensamientos del otro, y, estando el asesinato fuera de nuestras alternativas, hicimos lo más que las circunstancias nos permitían hacer. Le dijimos al hombre que podríamos hacer, y que haríamos, un escándalo tan grande de ese asunto que su nombre sería despreciado de un extremo a otro de Londres. Y que si tenía amigos o alguna reputación, nos encargáramos de que los perdiera. Y todo el tiempo, mientras lo acorralábamos, tratábamos de mantener apartadas de él a las mujeres, que estaban furiosas como arpías. Jamás vi un círculo de rostros encendidos con tanta ira. Y ahí, en el medio, estaba el hombre, con una frialdad oscura y despectiva. Con temor, también—eso podía verse—, pero vencéndolo como Satanás. “Si ustedes quieren sacar algún provecho de este accidente—dijo—, naturalmente no tengo salida. Un caballero debe evitar cualquier escándalo. Díganme cuánto quieren”. Pues bien: le exigimos que se resarciera con nada menos que cien libras con la familia de la niña. Obviamente, él habría querido escapar, pero había algo en nosotros que le inspiró temor, y finalmente accedió. El siguiente paso era conseguir el dinero. ¿Y dónde cree usted que el hombre nos llevó? Pues precisamente a esa casa con aquella puerta. Sacó una llave, entró, y en seguida volvió con el valor de diez libras en oro y por el resto un cheque de Coutts’s, librado al portador y firmado por alguien a quien no puedo mencionar, a pesar de que es uno de los puntos más interesantes de mi historia. Le diré, eso sí, que era alguien muy conocido, y que su nombre aparece a menudo en la prensa. La suma era alta, pero la firma—si era auténtica—podía responder por ella y aun por más. Me tomé la libertad de señalarle

a mi caballero que todo el asunto parecía un fraude: que ningún hombre, en la vida real, entra a una casa por la puerta trasera, a las cuatro de la madrugada, y sale de ella con un cheque, firmado por otro hombre, por una suma de casi cien libras. Pero él seguía impasible y burlón. “Tranquilícense —dijo—. Me quedaré con ustedes hasta que abran los bancos, y yo mismo cobraré el cheque”. De modo que todos —el doctor, el padre de la niña, nuestro amigo y yo— nos fuimos a pasar el resto de la noche en mi casa. Al día siguiente, después de desayunar, fuimos juntos al banco. Yo mismo presenté el cheque, indicando que tenía buenos motivos para suponer que era falso. En absoluto. El cheque era genuino.

—Vaya, qué cosa... —exclamó el señor Utterson.

—Veo que piensa igual que yo —dijo el señor Enfield—. Sí, es una historia desagradable. Porque ese hombre es de esos con los que nadie querría tratar: un hombre realmente infame. Y la persona que firmó el cheque es un verdadero ejemplo de corrección —muy conocido, además—, y, lo que empeora el asunto, uno de esos hombres que se dedican a hacer eso que llaman el bien. Chantaje, supongo. Un hombre honesto pagando un precio muy alto por algún desliz de juventud. La Casa del Chantaje: así es como llamo, en consecuencia, a la casa de la puerta. Aunque esto, usted se imaginará, está lejos de explicarlo todo —añadió, y con estas palabras se hundió en sus meditaciones.

De este estado lo sacó el señor Utterson cuando de modo algo repentino le preguntó:

—¿Y usted no sabe si el librador del cheque vive allí?

—Sería el lugar apropiado, ¿no? —respondió el señor Enfield—. Pero ocurre que me enteré casualmente de su dirección, y vive en no sé qué plaza.

—¿Y nunca ha averiguado sobre... la casa de la puerta? —preguntó el señor Utterson.

—No, señor: tuve mis escrúpulos —fue la respuesta—. Me resulta violento hacer preguntas. Tienen demasiado del espíritu del día del juicio final. Usted hace una pregunta y es como si arrojara una piedra. Se sienta tranquilamente en la cima de una colina y la piedra cae, arrastrando otras a su paso, hasta que algún pobre inocente (el último en quien uno habría pensado) es golpeado en la cabeza en su propio jardín, y su familia tiene que cambiar de apellido. No, señor. Para mí es una regla: cuanto más problemático es un asunto,* menos pregunto.

—Una muy buena regla, por cierto —dijo el abogado.

—Pero he estudiado el lugar por mi cuenta —continuó el señor Enfield—. A duras penas parece una casa. No hay ninguna otra puerta además de esa, y por esa no entra ni sale nadie excepto, muy de vez en cuando, el caballero de mi aventura. Hay tres ventanas en el primer piso que dan al patio —ninguna abajo—, y las tres están siempre cerradas, aunque limpias. Además, hay una chimenea por la que generalmente sale humo, de modo que alguien debe vivir allí. Y sin embargo, esto no es del todo seguro, porque los edificios están tan amontonados alrededor de ese patio que es difícil decir dónde termina uno y dónde comienzan los otros.

Los dos hombres retomaron la marcha en silencio durante un rato, hasta que el señor Utterson dijo:

—Enfield: es una buena regla la suya.

—Sí, creo que lo es —respondió Enfield.

—Sin embargo —continuó el abogado—, hay algo que quiero preguntarle: quiero saber el nombre de aquel hombre que atropelló a la niña.

—Bueno —dijo el señor Enfield—, no veo qué mal puede haber en decírselo. Era un hombre llamado Hyde.

—Ahá —dijo el señor Utterson—. ¿Y qué aspecto tenía?

—No es fácil de describir. Había algo raro en su apariencia. Algo desagradable, algo claramente detestable. Jamás he visto un hombre que me produjera tanta aversión, y no podría decirle la razón. Debe ser deforme en algún lugar, pues da una fuerte sensación de deformidad, aunque no podría especificar dónde. Es un hombre de un aspecto fuera de lo común, aunque realmente no pueda mencionar nada anormal en él. No: me resulta imposible; no puedo describirlo. Y no es por falta de memoria, porque es como si lo estuviera viendo en este preciso momento.

El señor Utterson volvió a caminar otro trecho en silencio, evidentemente sumido en sus pensamientos. Al final preguntó:

—¿Usted está seguro de que usó una llave?

—Mi querido amigo... —comenzó a decir Enfield, sorprendido y desconcertado.

—Sí, ya sé —dijo Utterson—. Sé que debe parecerle extraña mi pregunta. El hecho es que si no le pregunto el nombre de la otra parte es porque ya lo sé. Ya ve, Richard: su historia ha dado en el blanco. Si ha sido inexacto en algún punto, convendría que lo corrija.

—Creo que debería haberme avisado —respondió el otro algo molesto—. Pero he sido pedantemente exacto, como suele decir usted. El hombre tenía una llave. Más aún: todavía la tiene. Lo vi usándola hace menos de una semana.

El señor Utterson suspiró profundamente, pero no dijo nada. El joven, entonces, retomó el hilo:

—He aquí una nueva lección de que no hay que decir nada — declaró—. Estoy avergonzado de haber hablado tanto. Hagamos el trato de no volver a hablar nunca más del asunto.

—Con todo mi corazón —dijo el abogado—. Trato hecho, Richard.

En busca del señor Hyde

Esa noche el señor Utterson regresó a su casa de soltero con el ánimo sombrío y se dispuso a cenar sin apetito. Los domingos, después de comer, tenía la costumbre de sentarse cerca del fuego, con algún árido volumen de teología sobre el atril, hasta que el reloj de la iglesia vecina daba las doce, y entonces, tranquilo y satisfecho, irse a dormir. Esa noche, sin embargo, no bien fue levantada la mesa, tomó una vela y se dirigió a su estudio. Allí abrió su caja fuerte, retiró del compartimento más reservado un sobre en el que se leía “Testamento del Dr. Jekyll”, y se sentó, preocupado, a leer su contenido. El testamento era holografo, porque el señor Utterson, pese a que aceptó hacerse cargo de él una vez terminado, se había negado a ofrecer la más mínima ayuda en su redacción. En él se disponía no solo que en caso de fallecimiento de Henry Jekyll, doctor en Medicina, doctor en Derecho Penal y Civil, miembro de la Sociedad Real, etcétera, todos sus bienes pasaran a manos de su “amigo y benefactor, Edward Hyde”, sino también que en caso de la “desaparición o ausencia inexplicable” del Dr. Jekyll “por un período superior a los tres meses” el mencionado Edward Hyde tomara posesión de todos los bienes del antecitado Henry Jekyll, sin dilación y libre de gravámenes y obligaciones, fuera del pago de algunas pequeñas sumas a los miembros del servicio doméstico de la casa del doctor. Desde hacía largo tiempo este documento había

sido la pesadilla del abogado. Lo ofendía tanto como abogado cuanto como amante de las cosas razonables y habituales, para quien los alardes de originalidad resultaban simplemente indecorosos. Y si hasta entonces había sido no saber quién era ese señor Hyde lo que había aumentado su indignación, ahora, por un giro repentino de las cosas, lo que la aumentaba era saberlo. Ya había sido bastante malo conocer el nombre sin poder averiguar nada más. Era peor ahora que ese nombre empezaba a llenarse de atributos detestables. Y entre las brumas movedizas e insustanciales que tanto tiempo habían nublado su vista, surgió el retrato repentino y cabal de un ser diabólico.

—Creí que era una locura —se dijo, mientras guardaba el odioso papel en su lugar—. Ahora empiezo a temer que sea una infamia.

Apagó la vela, se puso un abrigo y se dirigió a Cavendish Square, un barrio de médicos, donde su amigo, el famoso Dr. Lanyon, tenía su casa y atendía a sus numerosos pacientes. “Si alguien sabe algo, ese tiene que ser Lanyon”, había pensado.

El solemne mayordomo lo conocía y le dio la bienvenida. Sin hacerlo esperar, lo llevó directamente de la puerta de entrada al comedor, donde se encontraba el Dr. Lanyon, solo, saboreando una copa de vino. Era este un hombre cordial, saludable y vivaz, tenía un rostro encendido, un mechón de cabello prematuramente blanco y modales enérgicos y decididos. Al ver al señor Utterson, saltó de su silla y le estrechó ambas manos. Su afabilidad, como su comportamiento, era quizás un tanto teatral, pero respondía a sentimientos auténticos. Los dos hombres eran viejos amigos y antiguos compañeros de estudio, cada uno sentía un acabado respeto por sí mismo y por el otro, y, lo que no siempre es consecuencia de lo anterior, gozaban plenamente de su mutua compañía.

Tras una breve charla acerca de todo un poco, el abogado encaminó la conversación al asunto que tanto lo angustiaba.

—Supongo, Lanyon —dijo—, que tú y yo debemos ser los dos amigos más antiguos de Henry Jekyll, ¿no?

—¡Ojalá no fuéramos tan antiguos! —bromeó el Dr. Lanyon—. Pero supongo que lo somos. ¿Y qué hay con eso? Ahora lo veo poco.

—¿De veras? —dijo Utterson—. Creí que ustedes estaban unidos por intereses en común.

—Lo estuvimos —fue la respuesta—. Pero hace ya más de diez años que Henry Jekyll comenzó a volverse demasiado afectado para mi gusto. Comenzó a descarriarse (intelectualmente, quiero decir), y a pesar de que por supuesto sigo interesado en él, en honor a los viejos tiempos, como suele decirse, lo veo y lo he visto muy poco últimamente. Todos esos disparates, tan poco científicos —añadió el doctor, con el rostro súbitamente encendido—, habrían enemistado hasta a Daimon y Pitias.*

Este pequeño arrebato de ira alivió en cierto modo al señor Utterson: “Solo tuvieron diferencias en alguna cuestión científica”, pensó, y siendo él un hombre científicamente desapasionado (salvo en materia de sucesiones), agregó incluso para sí: “¡No es nada grave!”. Le dio a su amigo unos segundos para que recuperara la compostura, y entonces preguntó lo que había ido a preguntar:

—¿Te has topado alguna vez con un protegido suyo llamado Hyde?

—¿Hyde? —repitió Lanyon—. No. En la época en que solíamos vernos, nunca lo oí hablar de él.

Esta fue toda la información que el abogado pudo llevarse a su cama, enorme y sombría, en la que estuvo dando vueltas mientras iban transcurriendo las horas de la madrugada. Fue una noche

poco descansada para su inquieto cerebro, que trabajó en la oscuridad y se llenó de interrogantes.

Las campanas de la iglesia, tan convenientemente cercana a la casa del señor Utterson, dieron las seis, y él seguía hurgando en el problema. Hasta entonces este solo le había interesado intelectualmente, pero ahora su imaginación también estaba comprometida, o mejor dicho, cautivada, y mientras se debatía en la espesa oscuridad de la noche y de ese dormitorio cubierto de gruesos cortinados, la historia del señor Enfield pasó ante su mente como una secuencia de cuadros luminosos: vio a Enfield solo, de noche, en medio de una ciudad sembrada de faroles; lo vio frente a la figura de un hombre que caminaba velozmente; lo vio frente a una niña que salía corriendo de la casa del doctor; vio a la niña toparse con el hombre, y vio a ese Juggernaut humano arrollar a la niña y pasar por encima de ella sin oír sus gritos. Y pudo ver también un dormitorio en una casa lujosa, y a su amigo que yacía dormido, soñando y sonriendo en sueños. Y pudo ver la puerta del cuarto que se abría, y las cortinas de la cama que se descorrían con violencia, y al hombre arrancado de su sueño. Y ahí, a su lado, pudo ver una figura cuyo poder sobre su amigo era tan grande que, incluso a esa hora mortalmente silenciosa, conseguía que este se levantara para hacer su voluntad. Como una obsesión, la imagen que aparecía en estas dos secuencias persiguió toda la noche al abogado, y si en algún momento este lograba adormecerse era solo para ver a ese hombre deslizarse furtivamente entre las casas dormidas, o moverse, a una velocidad que crecía hasta el vértigo, a través de los laberintos cada vez más vastos de una ciudad alumbrada con faroles, y atropellar a una criatura en cada esquina y dejarla gritando. Y sin embargo esa figura no tenía un

rostro conocido. Ni siquiera en sueños tenía un rostro, o tenía uno que lo desconcertaba deshaciéndose frente a sus ojos. Y fue así que en la mente del abogado nació y fue creciendo aceleradamente una curiosidad enorme, casi desmedida, por ver los rasgos del verdadero señor Hyde. Pensó que el misterio sería aclarado, incluso quizá disuelto –como suele ocurrir con las cosas misteriosas cuando se las examina bien–, si él pudiera, al menos una vez, verlo a la cara. Así podría descubrir la razón de la extraña preferencia o servidumbre (llámesela como se quiera) de su amigo, e incluso la explicación de las pasmosas cláusulas de su testamento. En el peor de los casos, sería un rostro que valdría la pena conocer: el rostro de un hombre sin piedad en su corazón, un rostro al que le había bastado mostrarse para despertar, en el espíritu del poco impresionable Enfield, un odio duradero.

Desde aquel día, el señor Utterson comenzó a rondar la puerta en aquel pasaje de tiendas. A la mañana, antes del horario comercial, al mediodía, cuando el trabajo era mucho y el tiempo escaso, a la noche, bajo la brumosa luna londinense: bajo todas las luces y a toda hora, con la calle solitaria o concurrida, al abogado se lo encontraba apostado en el lugar que había elegido.

“Si él es el señor Hyde”, había decidido, “yo seré el señor Seek”.*

Y, por fin, su paciencia se vio recompensada. Era una noche agradable y fría, las calles estaban limpias como la pista de un salón de baile, los faroles, no agitados por ningún viento, proyectaban dibujos regulares de luz y sombra. Alrededor de las diez, cuando los negocios ya habían cerrado, la calle de las tiendas quedaba solitaria y, pese al sordo rumor de la ciudad que la rodeaba, muy silenciosa. Los más tenues sonidos se escuchaban a una gran distancia; los ruidos domésticos que surgían de las casas eran claramente audibles a ambos

lados de la calle; y cuando algún transeúnte se acercaba, el sonido de sus pasos lo precedía con bastante antelación. El señor Utterson había estado algunos minutos en su puesto cuando oyó unas pisadas, extrañas y ligeras, acercándose. En el curso de sus rondas nocturnas, se había ido acostumbrando al raro efecto por el que los pasos de una sola persona, aún distante, se destacaban de pronto del vasto zumbido y barullo de la ciudad. Sin embargo, su atención nunca antes había sido atrapada tan nítida y poderosamente, y fue así que, con una fuerte y supersticiosa previsión de éxito, se dirigió a la entrada del patio.

Los pasos se acercaban rápidamente, y su sonido aumentó de pronto cuando doblaron la esquina. Mirando desde la entrada de la casa, el abogado pudo ver enseguida el aspecto de la persona con la que tendría que lidiar. Era de corta estatura y estaba vestido de manera muy sencilla, y su apariencia, incluso a esa distancia, predispuso fuertemente en su contra al centinela. Se dirigió directamente hacia la puerta, cruzando la calle para ganar tiempo, y, mientras se acercaba, sacó una llave del bolsillo, como quien llega a su casa.

El señor Utterson avanzó y lo tocó en el hombro:

—Supongo que usted es el señor Hyde.

El señor Hyde retrocedió sobresaltado. Pero su miedo fue solo momentáneo. Aunque sin mirar al abogado a la cara, le respondió con serenidad:

—Ese es mi nombre. ¿Qué quiere?

—Veo que está entrando —dijo el abogado—. Yo soy el señor Utterson, de la calle Gaunt, un viejo amigo del Dr. Jekyll. Usted debe haber oído mi nombre, y como lo encontré tan oportunamente, pensé que tal vez me permitiría usted pasar.

—No encontrará al Dr. Jekyll. No está en casa —respondió el señor Hyde, introduciendo la llave, y entonces, súbitamente, sin mirarlo a los ojos, preguntó—: ¿cómo me conoció?

—¿Me haría usted un favor? —dijo el señor Utterson.

—Con todo gusto. ¿De qué se trata? —respondió el otro.

—¿Me dejaría verle el rostro? —preguntó el abogado.

El señor Hyde pareció dudar, pero luego, como si respondiera a un impulso súbito, lo enfrentó con un aire desafiante, y ambos se miraron fijamente por unos segundos.

—Ahora podré reconocerlo —dijo el señor Utterson—. Puede serme útil.

—Sí —respondió Hyde—, es bueno que nos hayamos encontrado. Ah, y a *propos*, usted debería tener mi dirección —y le dio un número de una calle en el Soho.

“¡Dios mío!”, pensó el señor Utterson. “¿Habrá estado pensando él también en el testamento?”. Pero se reservó sus presentimientos y se limitó a guardar la dirección con un gruñido.

—Y ahora —dijo el otro—: ¿cómo me conoció?

—Por su descripción —fue la respuesta.

—¿Quién se la dio?

—Tenemos amigos en común —dijo el señor Utterson.

—¿Amigos en común? —repitió el señor Hyde, un poco ásperamente—. ¿Quiénes?

—Jekyll, por ejemplo —dijo el abogado.

—Él nunca le habló de mí —gritó Hyde, enrojeciéndose de ira—. No lo creí a usted capaz de mentir.

—Vamos —dijo el señor Utterson—, ese no es un lenguaje apropiado.

El otro rompió en una carcajada salvaje, y un instante después, con extraordinaria rapidez, ya había abierto la puerta y desaparecido dentro de la casa.

El abogado permaneció un rato inmóvil donde lo había dejado el señor Hyde. Era el vivo retrato de la inquietud. Luego empezó a subir lentamente la calle, deteniéndose a cada paso y llevándose la mano a la frente como un hombre en estado de completa perplejidad. El problema con el que se debatía mientras caminaba era de esos que raramente encuentran solución. El señor Hyde era pálido y enanoide. Daba una impresión de deformidad sin poseer ninguna malformación manifiesta; tenía una sonrisa desagradable; frente al abogado había dado muestras de una especie de mezcla criminal de timidez y audacia, y hablaba con una voz ronca, baja y algo entrecortada. Todos estos atributos eran puntos en su contra, pero ni todos ellos juntos podían explicar el disgusto, la repugnancia y el temor, hasta ahora desconocidos, que había despertado en el señor Utterson. “Debe haber algo más”, dijo perplejo. “*Hay* algo más. Si pudiera saber qué es... ¡Mi Dios, ese sujeto a duras penas parece humano! ¿Algo troglodita, quizás? ¿O será acaso la vieja historia del doctor Fell?* ¿O se tratará simplemente de un alma perversa que, proyectándose a través del cuerpo que la contiene, lo transfigura? Supongo que será esto último, porque, oh, mi pobre viejo Harry Jekyll, si alguna vez vi la marca de Satanás en un rostro, es en el de tu nuevo amigo”.

A la vuelta del pasaje había una plaza rodeada de casas antiguas y elegantes, en su mayoría en decadencia y divididas en departamentos y oficinas que se alquilaban a hombres de toda clase y condición: diseñadores de mapas, arquitectos, sombríos abogados

y agentes de oscuras empresas. Sin embargo, una casa, la segunda desde la esquina, constituía todavía una residencia indivisa. Al llegar a la puerta de esa mansión —que, pese a estar sumida ahora en una oscuridad solo atenuada por la luz del farol, revelaba una atmósfera de gran bienestar y confort—, el señor Utterson se detuvo y golpeó. Un anciano criado, muy bien vestido, abrió la puerta.

—¿El Dr. Jekyll está en casa, Poole? —preguntó el abogado.

—Iré a ver, señor Utterson —dijo Poole, mientras lo hacía pasar a un vestíbulo amplio y confortable, de techo bajo y piso de laja, caldeado (al estilo de las casas de campo) por un fuego luminoso y vivo, y amueblado con lujosos muebles de roble—. ¿Esperará aquí junto a la chimenea, señor, o prefiere que le encienda las luces del comedor?

—Esperaré aquí, gracias —dijo el abogado, que se acercó al fuego y se inclinó sobre él. Esta sala en la que ahora se había quedado solo era el rincón preferido de su amigo el doctor, y el propio Utterson solía decir que era el ambiente más acogedor de Londres. Pero esa noche había un estremecimiento en su sangre. El rostro de Hyde persistía pesadamente en su memoria y Utterson sentía (algo raro en él) náuseas y disgusto por la vida. Y en el triste estado de ánimo en que se encontraba, le parecía poder leer una amenaza en el trémulo resplandor del fuego sobre la superficie pulida de los muebles y en el límite incierto de las sombras que cubrían el techo. Se avergonzó del alivio que sintió cuando, al poco tiempo, Poole regresó para anunciarle que el Dr. Jekyll había salido.

—Poole, vi al señor Hyde entrar por la puerta de la vieja sala de disección —dijo Utterson—. ¿Eso le está permitido, estando el Dr. Jekyll afuera?

—Completamente, señor Utterson —respondió el criado—. El señor Hyde tiene una llave.

—Su amo parece tener una gran confianza en ese joven, Poole —resumió el otro pensativo.

—Sí, por cierto, señor —dijo Poole—. Todos nosotros tenemos órdenes de obedecerlo.

—No creo haber encontrado nunca al señor Hyde aquí, ¿no es cierto?

—Oh, no, señor. Él nunca *cena* aquí —replicó el mayordomo—. En verdad, nosotros lo vemos muy poco de este lado de la casa: él entra y sale casi siempre por el laboratorio.

—Muy bien. Buenas noches, Poole.

—Buenas noches, señor Utterson.

Y el abogado emprendió el camino a su casa con el corazón apesadumbrado. “Pobre Harry Jekyll”, pensó. “¡Algo me dice que está en grandes aprietos! Fue desenfrenado cuando era joven. Por cierto, esto fue hace mucho tiempo, pero en la ley de Dios no existen las prescripciones. Sí, debe ser eso. El fantasma de algún viejo pecado, el cáncer de algún oprobio secreto: el castigo sobreviniendo, *pede claudo*,* años después de que la memoria sepultara la falta y el amor propio la perdonara”. Y el abogado, atemorizado por esa idea, caviló un rato en su propio pasado, buscando a tientas en cada rincón de la memoria, para que ninguna antigua iniquidad pudiera saltar a la luz sorpresivamente. Su pasado estaba claramente libre de culpa. Pocos hombres podían repasar los hechos de su vida con menos recelo. Y si se sintió hundir en la vergüenza por los muchos pequeños pecados que había cometido, todos los que había estado cerca de cometer y había evitado lo restablecieron en una serena y temerosa gratitud. Y entonces,

volviendo a su preocupación inicial, atisbó una luz de esperanza. “Este Hyde, si pudiera ser investigado...”, pensó. “Debe tener sus propios secretos: secretos negros, a juzgar por su aspecto, secretos al lado de los cuales los peores del pobre Jekyll parecerían claros como la luz del sol. Las cosas no pueden continuar así. Me da escalofríos pensar en esa bestia deslizándose como un ladrón hasta la cama de Harry. Pobre Harry, ¡qué despertar! Y el peligro que corre... Porque si este Hyde llega a sospechar la existencia del testamento, puede ponerse impaciente por heredar. Sí, debo darle una mano. Si Jekyll me dejara...”, agregó, “si tan solo Jekyll me dejara”. Porque una vez más vio frente a sus ojos, claras como el agua, las extrañas cláusulas del testamento.

EL Dr. Jekyll estaba bastante tranquilo

Dos semanas más tarde, quiso la buena fortuna que el doctor ofreciera una de sus agradables cenas a unos cinco o seis viejos amigos, todos ellos inteligentes, hombres de alta reputación y buenos catadores de vino. El señor Utterson se las ingenió para quedarse después de que se hubieron ido todos los otros invitados. Esto no constituía ninguna novedad, sino algo que había ocurrido ya muchas veces. Donde querían a Utterson, lo querían bien. A los anfitriones les encantaba retener al sobrio abogado cuando los más alegres y conversadores ya habían traspuesto el umbral. Les gustaba sentarse un rato en su discreta compañía, preparándose para la soledad, serenando sus espíritus en el silencio enriquecedor de ese hombre después del prolongado derroche de alegría. El Dr. Jekyll no era una excepción a esta regla. Sentado ahora del lado opuesto de la chimenea —era un hombre de unos cincuenta años, alto, robusto, de rostro delicado, quizás algo socarrón, pero que en cada gesto revelaba inteligencia y bondad—, se podía ver en su mirada el afecto cálido y sincero que sentía por el señor Utterson.

—He estado queriendo conversar contigo, Jekyll —comenzó Utterson—. Sobre tu testamento.

Un observador atento podría haber notado que el tema era incómodo. Pero el doctor lo manejó con jovialidad.

—Mi pobre Utterson—dijo—. Eres desafortunado con semejante cliente. Nunca vi a un hombre tan afligido como lo has estado tú por mi testamento. Excepto a ese obstinado pedante de Lanyon por lo que él consideraba mis herejías científicas. Oh, sé que es un buen hombre, no necesitas fruncir el ceño: es una excelente persona, y siempre me propongo verlo con más frecuencia. Pero es un obstinado pedante, un ignorante, un fanático, un charlatán. Nunca nadie me desilusionó tanto como Lanyon.

—Tú sabes que nunca lo aprobé—prosiguió Utterson, ignorando bruscamente el nuevo tema.

—¿Te refieres a mi testamento? Sí, por cierto, lo sé—dijo el doctor de modo algo cortante—. Me lo has dicho.

—Bueno, te lo digo nuevamente—continuó el abogado—. He estado averiguando algunas cosas sobre este joven Hyde.

El rostro elegante del Dr. Jekyll se puso pálido, y luego su mirada se ensombreció:

—No me interesa oír más—dijo él—. Es un tema que creía haber acordado contigo no volver a mencionar.

—Lo que oí sobre él es abominable—dijo Utterson.

—No puedo hacer ningún cambio. Tú no comprendes mi situación—respondió el doctor, de modo algo inconexo—. Mi situación es penosa, Utterson, muy extraña. Realmente muy extraña. Es uno de esos asuntos que no pueden resolverse hablando.

—Jekyll—dijo Utterson—, tú me conoces: soy un hombre en quien se puede confiar. Cuéntame con franqueza qué te está pasando, y te aseguro que podré sacarte de esto.

—Mí buen Utterson—dijo el doctor—, este es un bellissimo gesto de tu parte, una acabada demostración de tu enorme bondad, y no puedo encontrar las palabras adecuadas para agradecértelo.

Creo en ti completamente, confiaría en ti antes que en cualquier otro hombre. Sí: antes que en mí mismo, si pudiera elegir. Pero te aseguro que las cosas no son como te las imaginas, ni tampoco tan graves. Y para que puedas quedarte tranquilo, te diré algo: puedo deshacerme de este Hyde cuando quiera. Te doy mi palabra. Vuelvo a agradecerte tu preocupación. Y voy a agregar una cosa más, Utterson, que estoy seguro no tomarás a mal: este es un asunto personal y te ruego que lo dejes como está.

Utterson reflexionó unos segundos mirando el fuego.

—Tienes toda la razón —dijo finalmente, poniéndose de pie.

—Bien, pero ya que hemos tocado el tema, y espero que por última vez —continuó el doctor—, hay un punto que me gustaría que entendieras. Realmente tengo un interés muy grande por el pobre Hyde. Sé que lo has visto, él me lo contó, y temo que ha sido grosero contigo. Pero, con toda sinceridad, siento un gran interés, un enorme interés por ese joven, y si muero, Utterson, quiero que me prometas que tendrás paciencia con él y que harás valer sus derechos. Creo que lo harías si conocieras toda la situación, y me sacarías un peso de encima si me lo prometieras.

—No puedo asegurarte que vaya a caerme bien alguna vez —dijo el abogado.

—No te pido eso —suplicó Jekyll apoyando una mano en el brazo del otro—. Solo estoy pidiendo justicia, solo te estoy pidiendo que lo ayudes, por consideración a mí, cuando yo ya no esté.

Utterson lanzó un irreprimible suspiro.

—Está bien —dijo—. Te lo prometo.

El caso del asesinato de Carew

Cerca de un año más tarde, en el mes de octubre de 18..., Londres fue sacudida por un crimen de una singular ferocidad, tanto más notable cuanto que la víctima era una persona de elevada posición. Los detalles eran pocos y espantosos. Una criada que vivía sola en una casa no muy lejos del río había subido a dormir alrededor de las once. A pesar de que la neblina envolvería a toda la ciudad al amanecer, a esa hora de la noche el cielo estaba despejado y la vereda sobre la que daba la ventana de la mujer estaba vivamente iluminada por la luna llena. Aparentemente se trataba de una muchacha de naturaleza romántica, pues se sentó sobre el arcón que estaba ubicado justo bajo la ventana y se entregó a sus ensueños. Nunca, pero nunca –repetiría muchas veces, llorando a mares, al relatar su experiencia–, se había sentido tan en paz con los hombres y tan bien con el mundo. Así, mientras estaba sentada, reparó en un caballero maduro, bien parecido y canoso, que se acercaba caminando lentamente por la vereda. Avanzando hacia él en dirección contraria, vio a otro hombre, muy bajo, a quien prestó, al principio, menos atención. Cuando se cruzaron (lo que ocurrió exactamente bajo sus ojos), el anciano se inclinó y se dirigió al otro con extrema cortesía. El motivo por el que lo hizo no parecía ser de gran importancia. De hecho, a juzgar por su gesto, parecía que le estaba pidiendo indicaciones para llegar

a algún lugar. Pero la luna brillaba sobre su rostro mientras él hablaba, y a la muchacha le gustó esa imagen. Parecía exhalar una bonhomía inocente y antigua como el mundo, aunque también algo altiva, como si proviniera de una autosatisfacción bien fundada. De repente, los ojos de la mujer se desplazaron hacia el otro rostro, y ella se sorprendió al reconocer en él a un cierto señor Hyde, quien había visitado a su amo una vez, y que le había producido una profunda aversión. Llevaba en su mano un pesado bastón con el que estaba jugando, no decía una palabra, y parecía escuchar con una impaciencia mal contenida. Y entonces, de pronto, estalló en un ataque de ira: comenzó a patear el suelo con los pies, a blandir el bastón y a actuar –según el relato de la criada– como un hombre fuera de sí. El anciano dio un paso atrás, con una expresión azorada y algo ofendida. Ante esto el señor Hyde perdió el control, lo golpeó con el bastón y lo tiró al suelo. Enseguida, con una furia animal estaba pisoteando a su víctima y descargando sobre ella una tormenta de golpes que le quebraron ruidosamente los huesos y lanzaron su cuerpo a la calzada. Ante el horror de esas imágenes y esos sonidos, la criada se desmayó.

Eran las dos cuando volvió en sí y llamó a la policía. El asesino se había ido hacía largo rato, pero allí yacía su víctima en el medio de la calle, increíblemente destrozada. El bastón con el que se había cometido el crimen, a pesar de que era de alguna madera extraña y muy sólida y dura, se había partido al medio por la fuerza de esa insensata crueldad, y una mitad astillada había terminado en la cuneta cercana. A la otra, sin duda, se la había llevado el asesino. En posesión de la víctima se encontraron una billetera y un reloj de oro, pero ninguna tarjeta ni papeles, a excepción de un sobre

lacrado y estampillado, que probablemente llevaba al correo, dirigido al señor Utterson.

Se lo llevaron a la mañana siguiente, antes aun de que el abogado se hubiera levantado de la cama. No bien lo hubo visto y se hubo enterado de lo ocurrido, este exclamó con solemnidad:

—No diré nada hasta que vea el cadáver. Esto puede ser muy serio. Tengan la gentileza de esperar mientras me visto.

Y con la misma gravedad en el rostro desayunó apresuradamente y se dirigió a la estación de policía, a donde había sido llevado el cuerpo. No bien entró a la morgue, asintió con la cabeza:

—Sí. Lo reconozco. Lamento decir que es Sir Danvers Carew.

—Dios mío, señor. ¿Es posible? —exclamó el oficial, y enseguida la ambición profesional encendió su mirada—: este asunto va a hacer mucho ruido. Y quizás pueda usted ayudarnos a encontrar al autor.

Y le narró brevemente lo que había visto la criada, y le mostró el bastón partido.

El señor Utterson ya se había estremecido al oír el nombre de Hyde, pero cuando tuvo frente a sus ojos el bastón no pudo dudar más. Roto y maltratado como estaba, pudo reconocerlo: él mismo se lo había regalado a Henry Jekyll muchos años atrás.

—¿Este señor Hyde es una persona de baja estatura? —preguntó.

—Especialmente bajo y de aspecto llamativamente perverso, según lo que dijo la mucama —dijo el oficial.

El señor Utterson reflexionó unos segundos, y entonces, levantando su cabeza, dijo:

—Si usted sube conmigo a mi coche, creo que lo puedo llevar hasta la casa de este sujeto.

Para entonces eran alrededor de las nueve de la mañana, y ya se veían las primeras neblinas de la temporada. Un gran manto

color ocre ensombrecía el cielo, pero el viento continuamente embestía y desbarataba estos vapores atrincherados. De modo que, mientras el coche rodaba de calle en calle, Utterson pudo contemplar una maravillosa variedad de grados y matices de los colores del amanecer: aquí, la oscuridad de la noche en retirada; allá, la incandescencia de un marrón rojizo y vivo, como si fuera la luz de algún extraño incendio; y más allá, entre la niebla dispersa, el fulgor de la luz diurna centelleando en medio de jirones envolventes de oscuridad. Visto bajo estos cambiantes reflejos, el funesto barrio del Soho, con sus caminos fangosos, sus desaliñados transeúntes y sus faroles que o bien no habían sido apagados o bien habían sido encendidos nuevamente para combatir esta reinvasión lúgubre de la oscuridad, le parecía al abogado una barriada de alguna ciudad de pesadilla.

Sus pensamientos, por lo demás, no podían ser más sombríos, y cuando miró de reojo a su compañero de viaje sintió ese miedo ante la ley y ante sus oficiales que a veces puede asaltar al hombre más honesto.

Mientras el coche avanzaba penosamente en la dirección indicada, la niebla se disipó un poco y dejó ver una calle sucia, una taberna, un restorán francés de mala muerte, una tienda de reventa de baratijas, una multitud de chicos harapientos apiñados en los vanos de las puertas y muchas mujeres de diferentes nacionalidades saliendo, llave en mano, a tomar la copa de la mañana. Enseguida la niebla, oscura como la sombra, volvió a caer sobre ese lugar, y aisló al señor Utterson de las desagradables imágenes que iba dejando atrás. Estaban frente a la casa del protegido de Henry Jekyll, del hombre que era el heredero de un cuarto de millón de libras esterlinas.

Una anciana mujer de tez pálida y cabello plateado les abrió la puerta. Tenía un aspecto maligno, atenuado por la hipocresía, pero sus modales eran impecables. Sí, dijo: esa era la casa del señor Hyde, pero él no estaba. Había estado esa noche hasta tarde, pero se había marchado nuevamente en menos de una hora. No había nada extraño en ello: sus hábitos eran muy irregulares, y a menudo se ausentaba. Ayer, sin ir más lejos, lo había visto por primera vez después de cerca de dos meses.

—Muy bien. Nos gustaría ver la casa —dijo el abogado. Y cuando la mujer comenzaba a declarar que eso era imposible, agregó—: será mejor que le presente a este señor. Se trata del inspector Newcomen, de Scotland Yard.

El rostro de la mujer se iluminó con un destello de alegría rencorosa.

—¡Ah! ¡Está en problemas! —dijo—. ¿Qué es lo que ha hecho? El señor Utterson y el inspector cambiaron una mirada.

—Parece que no es un personaje muy querido —observó el último—. Y ahora, mi buena señora, permítanos a mí y a este caballero echar un vistazo al lugar.

De toda la casa —en la que, además de él, solo vivía la anciana—, el señor Hyde había ocupado apenas un par de habitaciones. Pero estas estaban amuebladas con lujo y buen gusto. Había un armario lleno de vinos; la vajilla era de plata, y la mantelería, elegante; de las paredes colgaba un buen cuadro, regalo —supuso Utterson— de Henry Jekyll, que era una verdadera autoridad en la materia, y las alfombras eran gruesas y de colores agradables. Sin embargo, en ese momento, las habitaciones presentaban numerosos signos de haber sido registradas a fondo recientemente y con urgencia. Había ropas tiradas por el suelo, con sus bolsillos dados vuelta,

los cajones estaban abiertos y en la chimenea había un montón de cenizas grises, como si se hubieran quemado allí una gran cantidad de papeles. De entre estos restos el inspector rescató los talones de una libreta de cheques verde, que había resistido la acción del fuego. Detrás de la puerta encontraron la otra mitad del bastón, y como con esto sus sospechas quedaban confirmadas, el oficial se declaró encantado. Una visita al banco, donde encontraron varios miles de libras depositadas en la cuenta del asesino, completó su alegría.

—Señor, puede usted contar con que lo tengo en mis manos —le dijo a Utterson—. Debe haber perdido la cabeza; de otro modo, nunca habría dejado el bastón, ni —sobre todo— quemado la chequera. ¿Por qué? Porque dinero es precisamente lo que ahora más va a necesitar. Nosotros no tenemos más que esperararlo en el banco y divulgar su descripción.

Esto último, sin embargo, no era tan fácil de hacer, porque el señor Hyde tenía pocos conocidos —aun el amo de la criada que había presenciado el crimen lo había visto solo un par de veces— y su familia no pudo ser localizada en ningún lugar. Nunca había sido fotografiado, y los pocos que podían describirlo discreparon ampliamente, como suele ocurrir con los observadores comunes. Solo en un punto estuvieron de acuerdo: en esa persistente sensación de una deformidad indescriptible que el fugitivo dejaba en quienes lo veían.

El incidente de la carta

Entrada la tarde, el señor Utterson se dirigió a la casa del Dr. Jekyll, donde de inmediato fue recibido por Poole y conducido a través del área de servicio y de un patio, que en otro tiempo había sido un jardín, hasta el edificio que era designado indistintamente como laboratorio o sala de disecciones. El doctor le había comprado la casa al heredero de un célebre cirujano, y, estando sus propios intereses más relacionados con la química que con la anatomía, había cambiado el destino del edificio ubicado al fondo del jardín. Era la primera vez que el abogado era recibido en aquella parte de las dependencias de su amigo. Observó con curiosidad la deslucida construcción sin ventanas y, mientras cruzaba el anfiteatro de disecciones, que alguna vez había estado repleto de ansiosos estudiantes y ahora se veía desvaído y silencioso, contempló a su alrededor, con una desagradable sensación de extrañeza, las mesas cubiertas de aparatos químicos, el piso desordenadamente regado de cajas y paja para embalar, y la luz que se filtraba veladamente a través de la brumosa cúpula. Al fondo, una escalera subía hasta una puerta tapizada de rojo. El señor Utterson debió franquearla y fue finalmente recibido en el gabinete del doctor. Era una sala grande, rodeada de armarios de vidrio, provista, entre otras cosas, de un espejo móvil de cuerpo entero y un escritorio, y con tres ventanas polvorientas con barrotes de hierro que daban

sobre el patio externo. El fuego ardía en la chimenea, y sobre el estante de esta había una lámpara encendida, porque incluso dentro de las casas la neblina comenzaba a cernirse espesamente. Y allí, cerca del calor del fuego, estaba sentado el Dr. Jekyll, con un aspecto mortalmente enfermo. No se levantó a recibir al visitante, pero le ofreció una mano fría y le dio la bienvenida con una voz cambiada.

—Dime—dijo Utterson tan pronto como Poole los dejó a solas—, ¿has escuchado las noticias?

El doctor se estremeció:

—Hubo llantos en la plaza. Los escuché desde mi comedor.

—Quiero decirte una sola cosa—dijo el señor Utterson—. Carew era mi cliente, pero tú también lo eres, y quiero saber cuál es la situación. No habrás cometido la locura de esconder a este hombre.

—Utterson, juro por Dios—exclamó el doctor—, lo juro, que no volveré a verlo nunca más. Te doy mi palabra de honor: ya he terminado con él para el resto de mi vida. Ya todo ha terminado. Y, de veras, él no quiere mi ayuda, no lo conoces tan bien como yo. Él ya no hará más daño. Recuerda mis palabras: nunca más se sabrá de él.

El abogado lo escuchó sombríamente. No le gustaba el aspecto febril de su amigo.

—Pareces estar muy seguro de él—dijo—. Y por tu bien, espero que estés en lo cierto. Si esto llegara a juicio, tu nombre podría aparecer involucrado.

—Estoy absolutamente seguro de él—replicó Jekyll—. Mi convicción tiene fundamentos que no puedo compartir con nadie. Pero hay una sola cosa en la que puedes aconsejarme.

He... recibido una carta, y estoy indeciso respecto a si debería mostrársela a la policía. Me gustaría dejarla en tus manos, Utterson. Estoy seguro de que tú juzgarás sabiamente. Tengo una enorme confianza en ti.

—¿Temes, supongo, que esto pueda llevar a su detención? —preguntó el abogado.

—No —dijo el otro—. La verdad es que no me preocupa lo que le pase a Hyde. He terminado con él definitivamente. Estaba pensando en mi propia reputación, que ha sido algo expuesta por este odioso asunto.

Utterson reflexionó un rato. Estaba sorprendido por el egoísmo de su amigo, y al mismo tiempo, sin embargo, se sentía aliviado.

—Bien, veamos la carta —dijo finalmente.

La carta estaba escrita con una letra rara y recta, y llevaba la firma de Edward Hyde. Decía brevemente que el benefactor del firmante, el Dr. Jekyll, a quien él había retribuido tan indignamente sus infinitas generosidades, no debía preocuparse por la seguridad del que suscribía, ya que este tenía medios para escapar a un lugar seguro. Al abogado le gustó la carta, que daba a esa relación de intimidad un aspecto mejor que el que él había temido. Se censuró a sí mismo por algunas de sus sospechas pasadas.

—¿Tienes el sobre? —preguntó.

—Lo quemé —respondió Jekyll—, antes de darme cuenta de lo que hacía. Pero no llevaba sello. La carta fue entregada en mano.

—¿Puedo conservarla y consultar el caso con mi almohada? —preguntó Utterson.

—Quiero que tú juzgues enteramente por mí, pues he perdido la confianza en mí mismo —fue la respuesta.

—Bueno, lo consideraré —respondió el abogado—. Solo quiero hacerte una pregunta: ¿fue Hyde quien te dictó las cláusulas del testamento relacionadas con tu desaparición?

El doctor pareció sobrecogido por el desaliento. Apretó los labios con fuerza y asintió.

—Lo sabía —dijo Utterson—. Él tenía la intención de matarte. Has tenido la suerte de salvarte por milagro.

—He tenido algo más importante —respondió el doctor con solemnidad—: he tenido una lección. ¡Oh, Dios, Utterson! Qué lección he aprendido —y se cubrió el rostro con las manos.

Saliendo de la casa, el abogado intercambió unas palabras con Poole:

—A propósito —dijo—, hoy alguien entregó un sobre en mano: ¿qué aspecto tenía esa persona?

Pero Poole dijo estar seguro de que solo habían recibido cartas a través del correo.

—Y se trataba solo de folletos —agregó.

Esta última noticia hizo partir al visitante con todos sus temores renovados. Evidentemente, la carta había llegado a la puerta del laboratorio y hasta era posible que hubiera sido escrita en el mismo gabinete, y, de ser esto cierto, debía ser juzgada de modo diferente y manejada con mayor cuidado. Cuando salió de la casa, los vendedores de diarios gritaban por las calles: “¡Edición especial! ¡Espantoso asesinato de un miembro del Parlamento!”. Esa era la oración fúnebre de un amigo y cliente, y él no pudo evitar cierto temor de que el nombre de otro amigo fuera atraído por el torbellino del escándalo. La decisión que él tenía que tomar era, por lo menos, delicada, y si en general tenía confianza en sí mismo, comenzó a alimentar el deseo de escuchar un consejo. No se

trataba de pedirlo abiertamente, sino quizás, pensó, de obtenerlo en forma indirecta.

Poco después, se encontraba sentado frente a su chimenea al lado del señor Guest, su secretario privado, y a mitad de camino entre ellos, a una distancia del fuego delicadamente calculada, una botella de un vino añejo especial que había guardado largo tiempo en la oscuridad de los sótanos de su casa. La niebla todavía envolvía la ciudad, y los faroles del alumbrado centelleaban como carbunclos. En el horno sofocante que formaban esas nubes bajas, la procesión de la vida de la ciudad todavía seguía desarrollándose a través de las grandes arterias con el sonido de un viento furioso. Pero la luz del fuego alegraba la sala. Los ácidos del vino se habían disipado hacía mucho tiempo; con los años, del mismo modo en que se enriquecen los colores de un vitral, su tonalidad intensa se había suavizado; y todo el resplandor de las cálidas tardes de otoño sobre los viñedos en la colina estaba listo, dentro de la botella, para liberarse y disipar las brumas de Londres. El abogado se ablandó imperceptiblemente. No había nadie con quien guardara menos secretos que con el señor Guest, y no siempre estaba seguro de reservarse ante él todos los que pretendía. Guest había ido varias veces a la casa del doctor por asuntos de negocios, conocía a Poole, era improbable que no hubiera oído nada sobre la familiaridad del señor Hyde con esa casa, y seguro que había sacado sus conclusiones. Por lo tanto, ¿no era lo mejor que él viera la carta que aclaraba el misterio? Y sobre todo, ya que Guest era un gran estudioso de la grafología, ¿no lo consideraría como un hecho natural y como un gesto de cortesía? Además, el secretario era un asesor prudente: sería raro que leyera un documento tan extraño sin hacer alguna

observación, y esa observación podría determinar los pasos futuros del señor Utterson.

—Es un triste caso el de Sir Danvers —dijo este.

—Sí, señor, lo es. Ha despertado la indignación general —respondió Guest—. Ese hombre, por supuesto, estaba loco.

—Me gustaría escuchar su opinión al respecto —replicó Utterson—. Tengo aquí un documento manuscrito por él. Y esto debe quedar entre nosotros, porque casi no sé qué hacer con él, y se trata, para decir lo menos, de un asunto desagradable. Pero aquí lo tiene. Va a interesarle: es el autógrafo de un asesino.

Los ojos de Guest brillaron, y de inmediato se puso a examinar apasionadamente el documento.

—No, señor. No es de un loco. Pero es una letra extraña.

—Bueno: todo hace pensar que se trata de un escritor muy extraño —agregó el abogado.

Justo en ese momento, entró el sirviente con una nota.

—¿Es del Dr. Jekyll, señor? —preguntó el secretario—. Me pareció reconocer su letra. ¿Es algo confidencial, señor Utterson?

—Solo una invitación a cenar. ¿Por qué? ¿Quiere verla?

—Solo un momento, gracias.

El secretario puso las dos hojas de papel una al lado de la otra y cuidadosamente comparó sus contenidos.

—Gracias, señor —dijo finalmente, devolviendo ambos papeles—. Es un autógrafo muy interesante.

Hubo una pausa, durante la cual el señor Utterson se contuvo a sí mismo. De repente, preguntó:

—Guest, ¿por qué los comparó?

—Bueno, señor —respondió el secretario—: hay una singular semejanza. Las dos letras son en muchos puntos idénticas: solo tienen una inclinación diferente.

—Qué curioso —dijo Utterson.

—Sí, como usted dice, es algo extraño —respondió Guest.

—Yo no hablaría con nadie sobre esta nota —dijo el patrón.

—No, señor —dijo el secretario—. Comprendo.

Pero no bien Utterson estuvo solo aquella noche guardó la nota en su caja fuerte, donde quedó de ahí en más.

“¡Qué cosa!”, pensó. “¡Henry Jekyll falsificando una carta para salvar a un asesino!”, y se le heló la sangre en las venas.

El notable incidente del Dr. Lanyon

Pasó el tiempo. Se ofrecieron miles de libras de recompensa, porque la muerte de Sir Danvers había sido sentida como una ofensa pública. Pero el señor Hyde había desaparecido del alcance de la policía como si nunca hubiera existido. Se desenterró mucho de su pasado, por cierto, y era todo deshonroso. Se hicieron públicas las historias sobre la crueldad, a la vez insensible y violenta, de ese hombre, sobre su vida infame, sobre sus extrañas compañías, sobre el odio que parecía haber despertado siempre a su alrededor. Pero de su paradero presente, nada. Desde que había dejado su casa del Soho la mañana del asesinato, simplemente se había esfumado. Y poco a poco, a medida que pasaba el tiempo, el señor Utterson comenzó a superar el tormento de su alarma y a recuperar su paz interior. La muerte de Sir Danvers quedaba más que compensada, a su entender, por la desaparición del señor Hyde. Alejada ahora esa diabólica influencia, una nueva vida había comenzado para el Dr. Jekyll. Este salió de su reclusión, retomó las relaciones con sus amigos, se volvió una vez más huésped y anfitrión habitual de todos ellos, y si siempre había sido conocido por sus obras de caridad, ahora no lo era menos por su devoción religiosa. Estaba ocupado, salía mucho al aire libre, la pasaba bien. Su rostro parecía resplandecer, como trasluciendo la sincera felicidad de ser útil. Durante más de dos meses, el doctor estuvo en paz.

El 8 de enero Utterson había cenado con unos pocos amigos en la casa del doctor. Lanyon había estado allí, y el semblante del dueño de casa se había parecido al de los viejos tiempos, cuando el trío era inseparable. Pero el día 12, y otra vez el 14, el abogado no fue recibido. El doctor estaba recluso en la casa, le dijo Poole, y no recibía a nadie. El día 15 lo intentó nuevamente, y otra vez fue rechazado. Habiéndose acostumbrado en los dos últimos meses a ver a su amigo casi a diario, esa vuelta a la soledad lo dejaba apesadumbrado. La quinta noche tuvo a Guest cenando en su casa. La sexta se fue a ver al Dr. Lanyon.

Ahí, al menos, le abrieron la puerta. Pero al entrar quedó sacudido por el cambio que se había operado en el aspecto del doctor. Este tenía escrito en el rostro su sentencia de muerte. El hombre rozagante había empalidecido, estaba más delgado, visiblemente más calvo y más viejo. Pero lo que llamó la atención del abogado no fue tanto este conjunto de signos de un rápido deterioro físico de su amigo como algo en su mirada y en sus gestos que parecía revelar un terror arraigado en lo más profundo de su alma. Era improbable que el doctor pudiera temer a la muerte, y, con todo, eso era lo que Utterson estaba inclinado a sospechar. “Sí”, pensó. “Él es médico: debe conocer su estado de salud y saber que sus días están contados, y eso debe ser más de lo que puede soportar”. Sin embargo, cuando Utterson hizo una observación sobre su aspecto enfermizo, fue con una gran firmeza que Lanyon declaró que era un hombre condenado a muerte.

—He sufrido una conmoción —dijo— de la que nunca podré recuperarme. Es solo cuestión de semanas. En fin: la vida ha sido agradable. La disfruté. Sí, señor: me gustó vivirla. A veces pienso que si lo supiéramos todo estaríamos más dispuestos a partir.

—Jekyll también está enfermo —observó Utterson—. ¿Lo has visto?

Lanyon cambió de expresión y lo detuvo con una mano temblorosa.

—Me gustaría no volver a ver ni oír más sobre el Dr. Jekyll —dijo en voz alta y vacilante—. He terminado definitivamente con ese sujeto, y te ruego que me ahorres cualquier alusión a alguien a quien considero muerto.

—¡Vamos, vamos! —dijo Utterson, y después de una larga pausa preguntó—: ¿hay algo que yo pueda hacer? Somos tres viejos buenos amigos, Lanyon, y no viviremos lo suficiente para hacer otros.

—Nada puede hacerse —respondió Lanyon—. Pregúntaselo a él mismo.

—No quiere verme —dijo el abogado.

—No me sorprende —fue la respuesta—. Algún día, Utterson, después de mi muerte, quizás llegues a saber la verdad de todo esto. Ahora no puedo decirte nada. Entretanto, si puedes sentarte y hablarme de otros asuntos, por Dios, quédate y hazlo, pero si no puedes alejarte de ese maldito tema, entonces, por Dios, vete, porque no puedo soportarlo.

No bien llegó a su casa, Utterson se sentó y le escribió a Jekyll quejándose de que no lo recibiera y preguntándole por las razones de esa lamentable ruptura con Lanyon. Al día siguiente recibió una larga respuesta, redactada casi totalmente en términos patéticos y con un rumbo, a veces, misteriosamente oscuro. La pelea con Lanyon no tenía remedio. “No culpo a nuestro viejo amigo”, escribió Jekyll, “pero comparto su opinión de que no debemos vernos nunca más. Pretendo, de aquí en más, llevar una vida de extrema reclusión. No debes sorprenderte ni dudar de mi amistad si mi puerta permanece

muchas veces cerrada incluso para ti. Debes permitirme seguir mi oscuro camino. He atraído sobre mí un castigo y un peligro que no puedo nombrar. Si soy el mayor de los pecadores, soy también el mayor de los desventurados. No imaginaba que en este mundo hubiera lugar para tantos sufrimientos y terrores. Hay una sola cosa, Utterson, que puedes hacer para aliviar este destino, y es respetar mi silencio”. Utterson estaba atónito: la oscura influencia de Hyde había sido alejada, el doctor había vuelto a sus viejas ocupaciones y amistades; una semana antes, el futuro parecía sonreírle con la promesa de una vejez alegre y honorable, y ahora, en un instante, la amistad, la paz del espíritu y todo el curso de su vida habían naufragado. Un cambio tan grande e inesperado parecía ser producto de la locura, pero la actitud y las palabras de Lanyon sugerían que había allí algo más profundo.

Una semana después, el Dr. Lanyon cayó enfermo, y en menos de una quincena había fallecido. La noche posterior al funeral, que lo había afectado mucho, Utterson se encerró en su estudio, y sentándose a la luz de una melancólica vela, sacó y puso frente a sí un sobre manuscrito y lacrado con el sello de su amigo muerto. “PRIVADO: para ser entregado ÚNICAMENTE a G. J. Utterson, o, en caso de que este muriera antes que yo, *para que se lo destruya sin ser leído*”, decía enfáticamente, y el abogado temió leer su contenido. “Hoy he enterrado a un amigo”, pensó. “¿Y si esto me costara la vida de otro?”. Condenó su temor como un acto de deslealtad, y rompió el lacre. Adentro había otro sobre, lacrado también, y con esta leyenda: “No abrir hasta la muerte o desaparición del Dr. Henry Jekyll”. Utterson no podía dar crédito a sus ojos. Sí: decía desaparición. Aquí también, como en aquel absurdo testamento que hacía ya mucho tiempo había devuelto a

su autor, estaban reunidos la idea de la desaparición y el nombre de Henry Jekyll. Pero en el testamento esa idea había surgido de la siniestra influencia de Hyde, que la había propuesto con una intención demasiado evidente y horrible. Escrita por Lanyon, ¿qué podía significar? Una gran curiosidad se apoderó del abogado, un enorme deseo de ignorar la prohibición y de llegar de una vez al fondo del misterio. Pero la ética profesional y la fidelidad a su amigo muerto constituían deberes inviolables, y el sobre permaneció en el rincón más profundo de su caja fuerte.

Una cosa es reprimir la curiosidad; otra es vencerla. Y puede ponerse en duda si, desde ese día, Utterson deseó la compañía de su amigo sobreviviente con la misma vehemencia que antes. Pensaba en él con afecto, pero sus pensamientos eran inquietantes y temerosos. Insistía en verlo, por cierto, pero quizás se sentía aliviado de que le negaran la entrada. Quizás, en el fondo de su corazón, prefería hablar con Poole en el umbral, al aire libre y rodeado de los sonidos de la ciudad, a ser admitido en esa casa de cautiverio voluntario y sentarse y hablar con su inescrutable recluso. Poole, por lo demás, no tenía noticias muy buenas para comunicarle. Al parecer, el doctor vivía confinado, ahora más que nunca, en el gabinete del piso superior del laboratorio, donde incluso dormía algunas noches. Estaba desanimado, se había vuelto silencioso, no leía. Parecía preocupado por algo. Utterson se acostumbró tanto al carácter invariable de estos informes, que fue reduciendo, poco a poco, la frecuencia de sus visitas.

Un incidente en la ventana

Ocurrió un domingo que, mientras el señor Utterson estaba dando su habitual paseo con el señor Enfield, fueron a dar una vez más a la callecita, y que cuando se encontraron frente a la puerta, ambos se detuvieron a contemplarla.

—Bueno —dijo Enfield—, esa historia, al menos, ha terminado. Nunca más veremos al señor Hyde.

—Eso espero —dijo Utterson—. ¿Le conté que lo vi una vez y sentí la misma repugnancia que usted?

—Es imposible que a una cosa no le siga la otra —respondió Enfield—. Y a propósito, ¿qué tonto me debe haber considerado por no haberme dado cuenta de que esta era la entrada trasera a la casa del Dr. Jekyll! Fue en parte culpa suya que lo descubriera.

—¿Así que lo ha descubierta? —preguntó Utterson—. Siendo así, podemos entrar al patio y dar un vistazo a las ventanas. A decir verdad, siento inquietud por el pobre Jekyll, y tengo la impresión de que incluso desde afuera la presencia de un amigo podría hacerle bien.

El patio estaba muy frío y un poco húmedo, inundado de una prematura luz crepuscular, aunque el cielo, allá arriba, estuviera iluminado por el sol. De las tres ventanas, la del medio estaba entreabierta, y sentado al lado de ella, tomando aire con una cara

de infinita tristeza, como un prisionero desconsolado, vio Utterson al Dr. Jekyll.

—¡Ey! ¡Jekyll! —gritó—. Espero que estés mejor.

—Estoy sumamente abatido, Utterson —respondió el doctor en tono lúgubre—. Muy deprimido. Gracias a Dios, no durará mucho.

—Estás demasiado encerrado —dijo el abogado—. Deberías salir, para mejorar la circulación, como Enfield y yo. (Este es mi primo, el señor Enfield. El Dr. Jekyll). Vamos: ponte el sombrero y da una pequeña vuelta con nosotros.

—Eres muy amable —suspiró el otro—. Me encantaría... pero no, no, no. Es absolutamente imposible, no me atrevo. Pero, de veras, Utterson: estoy encantado de verte, me da realmente un gran placer. Los invitaría a ti y al señor Enfield a subir, pero el lugar está realmente impresentable.

—Pues entonces —propuso el abogado con bondadosa tolerancia— lo mejor que podemos hacer es quedarnos aquí abajo y hablar contigo desde donde estamos.

—Eso es justo lo que estaba por atreverme a pedirles —respondió el doctor con una sonrisa. Pero no había terminado de pronunciar esas palabras cuando esa sonrisa se borró de su rostro y dio paso a una expresión de un espanto y una desesperación tan abyectos que heló la sangre de los dos caballeros que estaban abajo. No lo vieron más que un instante, porque la ventana se cerró inmediatamente. Pero ese instante había sido suficiente. Los dos hombres dieron la vuelta y abandonaron el patio sin decir una palabra. En silencio, también, atravesaron la callejuela, y no fue sino cuando hubieron llegado a una calle cercana, donde incluso los domingos había signos de vida, que el señor Utterson finalmente se volvió

y miró a su compañero. Ambos estaban pálidos, y el horror se reflejaba en sus ojos.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! —dijo el señor Utterson.

Pero el señor Enfield se limitó a asentir gravemente con la cabeza, y, siempre en silencio, reanudó la marcha.

La última noche

Una noche, después de cenar, el señor Utterson estaba sentado al lado del fuego, cuando fue sorprendido por la visita de Poole.

—¡Válgame Dios, Poole! ¿Qué lo trae por aquí? —exclamó. Luego, mirándolo por segunda vez, agregó—. ¿Qué le pasa? ¿El doctor está enfermo?

—Señor Utterson —dijo el hombre—, ocurre algo malo.

—Siéntese, y sírvase una copa de vino —dijo el abogado—. Ahora tranquilícese y dígame sencillamente qué es lo que ocurre.

—Señor, usted conoce el estado del doctor —respondió Poole—, y cómo suele recluirse. Bueno: se ha encerrado de nuevo en el gabinete, y no me gusta, señor. Que me muera si me gusta. Señor Utterson, tengo miedo.

—Vamos, hombre —dijo el abogado—, sea explícito. ¿De qué tiene miedo?

—He estado con miedo desde hace alrededor de una semana —respondió Poole, ignorando obstinadamente la pregunta—, y no puedo soportarlo más.

La apariencia del hombre confirmaba ampliamente sus palabras. Sus modales estaban completamente alterados, y excepto por el momento en que le anunció por primera vez su terror, no había mirado una sola vez al abogado a los ojos. Incluso ahora

estaba sentado con el vino sin probar sobre sus rodillas, y sus ojos se dirigían a un rincón del suelo.

—No puedo soportarlo más —repitió.

—Vamos —dijo el abogado—, veo que tiene alguna buena razón para estar así, Poole. Veo que está pasando algo muy grave. Trate de decirme de qué se trata.

—Creo que ha ocurrido algo siniestro.

—¡Algo siniestro! —gritó el abogado—. ¿Qué está queriendo decir?

—No me animo a decírselo, señor —fue la respuesta—. ¿Querría usted venir conmigo y ver por sí mismo?

Por toda respuesta, el señor Utterson se levantó y se puso su sombrero y su abrigo. Observó con sorpresa el gran alivio que apareció en el rostro del mayordomo y, quizás con no menos asombro, que el vino estaba todavía intacto cuando este lo dejó sobre la mesa para seguirlo.

Era una noche cruda y fría, típica del mes de marzo. Una luna pálida yacía recostada sobre su dorso, como si el viento la hubiera volteado, y unas nubes diáfanas y algodonosas surcaban el cielo. El viento hacía difícil conversar y enrojecía los rostros. Por lo demás, parecía haber arrasado las calles que estaban excepcionalmente vacías, lo que hizo pensar al señor Utterson que nunca había visto esa parte de Londres tan desierta. Tal vez deseó que no hubiera sido así, pues nunca en su vida había sentido un anhelo tan intenso de ver y tocar a sus semejantes. Porque, aunque tratara de luchar contra él, había nacido en su espíritu el abrumador presentimiento de una desgracia. Cuando llegaron, la plaza estaba llena de viento y de polvo, y los delgados árboles del jardín se daban latigazos entre sí a lo largo de la verja. Poole, que se había mantenido durante todo el camino uno o dos pasos adelante, se detuvo en medio de la calle y, a pesar

del frío penetrante, se quitó el sombrero y se secó la frente con un pañuelo rojo. Pese a la prisa que se habían dado para llegar, no era el esfuerzo físico la razón de ese sudor, sino, a juzgar por su rostro pálido y por su voz ronca y quebrada, alguna angustia sofocante.

—Bien, señor —dijo—, aquí estamos, y quiera Dios que no haya ocurrido nada malo.

—Amén, Poole —dijo el abogado.

En seguida, el mayordomo golpeó cautelosamente. La puerta se abrió, asegurada por la cadena, y una voz preguntó desde adentro:

—¿Es usted, Poole?

—Soy yo —respondió Poole—, abre la puerta.

Cuando entraron, el vestíbulo estaba muy iluminado, el fuego ardía en la chimenea, y alrededor de él todos los sirvientes, hombres y mujeres, estaban amontonados como un rebaño de ovejas. Al ver al señor Utterson, la criada rompió en un llanto histérico y la cocinera gritó:

—¡Dios lo bendiga! ¡Es el señor Utterson! —y corrió hacia él como para estrecharlo en brazos.

—¿Qué es esto? ¿Están todos aquí? —preguntó severamente el abogado—. Esto es excesivo, muy inadecuado. A su amo no le haría ninguna gracia.

—Es que todos están con miedo —dijo Poole.

Siguió un gran silencio, sin que nadie protestara. Solo la criada alzó la voz, y luego rompió en llanto ruidosamente.

—¡Cállate! —le dijo Poole, con un tono feroz que delataba la alteración de sus propios nervios. Lo cierto es que cuando la muchacha había elevado el tono de su lamento, todos se habían sobresaltado y se habían vuelto hacia la puerta interior con rostros de temerosa ansiedad.

—Y ahora —continuó el mayordomo, dirigiéndose al ayudante de cocina—, alcánzame una vela, y vamos a terminar con este asunto de una vez.

Y entonces le pidió al señor Utterson que lo siguiera y emprendió el camino hacia el jardín trasero.

—Ahora, señor —dijo—, venga tan silenciosamente como pueda. Quiero que usted oiga sin ser oído. Y por favor, señor: si por cualquier casualidad él le pide que pase, no lo haga.

Los nervios del señor Utterson, ante este final inesperado, dieron tal sacudida que casi le hacen perder el equilibrio. Pero reunió todo su coraje y siguió al mayordomo al edificio del laboratorio; y allí —a través del anfiteatro de cirugía, con sus montones de frascos y embalajes—, hasta el pie de la escalera. Aquí Poole le indicó mediante señas que se quedara a un lado y escuchara, mientras él, dejando la vela sobre el suelo y haciendo un esfuerzo enorme y obvio para decidirse, subió los escalones y golpeó de manera algo insegura sobre el tapizado rojo que recubría la puerta del gabinete.

—Señor: el señor Utterson pide verlo —dijo, y mientras hablaba volvía a hacer vigorosas señas indicando al abogado que prestara atención.

Una voz respondió quejumbrosamente desde adentro:

—Dígale que no puedo ver a nadie.

—Gracias, señor —dijo Poole, con una nota de triunfo en su voz. Después, levantando su vela, guió al señor Utterson de regreso por el patio y hacia el interior de la gran cocina, donde el fuego estaba apagado y los escarabajos daban vueltas por el piso.

—Señor, ¿era esa la voz de mi amo? —preguntó mirando al señor Utterson a los ojos.

—Parece muy cambiada —respondió el abogado, sumamente pálido, pero devolviendo la mirada.

—¿Cambiada? Bueno, sí, pienso igual —dijo el mayordomo—. ¿He estado yo por veinte años trabajando en la casa de este hombre para que me engañen con su voz? No, señor: al amo lo han matado, lo han matado hace ocho días, cuando lo escuchamos gritar invocando a Dios, y *quién* está allí en su lugar, y *por qué* se queda allí, es algo que solo Dios sabe, señor Utterson.

—Esta es una historia muy extraña, Poole. Estrafalaria, más bien —dijo el señor Utterson mordiéndose el dedo—. Supongamos que haya sido como usted supone, supongamos que el Dr. Jekyll haya sido... bueno... asesinado, ¿qué podría inducir al asesino a quedarse allí? Es absurdo. No tiene sentido.

—Bien, señor Utterson —dijo Poole—, es usted un hombre difícil de convencer, pero lo haré. Toda esta última semana (debe usted saberlo) él, o eso, o lo que sea que esté viviendo en el gabinete, ha estado pidiendo a gritos, noche y día, cierta droga, que no puede conseguir como la desea. A veces escribía sus órdenes —el amo, quiero decir— en un papel y lo arrojaba a la escalera. No hemos tenido ninguna otra cosa de él durante esta última semana. Solo esos papeles y la puerta cerrada. Hasta la comida hemos tenido que dejársela afuera, para que él la recogiera como de contrabando cuando nadie estaba mirando. Pues bien, señor: diariamente, sí, y hasta dos o tres veces en el mismo día, he recibido sus órdenes y sus quejas, y me ha mandado a salir volando a todas las droguerías mayoristas de la ciudad. Cada vez que traía el material, había después otro papel ordenándome que lo devolviera, porque no era puro, y otra orden escrita para ir a una firma diferente. No sé para qué necesita esa medicina, señor, pero la necesita con urgencia.

—¿Tiene alguno de esos papeles? —preguntó el señor Utterson.

Poole se palpó el bolsillo y sacó una nota arrugada que el abogado, acercándose a la luz de la vela, examinó cuidadosamente. Su contenido era el siguiente: “El Dr. Jekyll presenta sus quejas a los señores Maw. Su última muestra era impura y completamente inservible para sus propósitos actuales. En el año 18..., el Dr. J. compró a los señores M. una cantidad bastante importante del producto. Él ahora les ruega que lo busquen con el mayor cuidado, y si les quedara algo de la misma calidad, que se lo envíen de inmediato. El precio no será ningún problema. No es posible exagerar la importancia que esto tiene para el Dr. Jekyll”. Hasta aquí la carta había sido redactada con compostura. Pero en este punto, como con un súbito balbuceo de su pluma, la emoción del que escribía se había desbordado: “Por el amor de Dios —había agregado—, encuentrenme algo del viejo producto”.

—Esta es una nota extraña —dijo el señor Utterson, y después agregó brusca y mordazmente—. ¿Cómo es que la tiene usted abierta?

—El empleado de la droguería Maw se enfureció, señor, y me la arrojó de vuelta como si fuera basura —respondió Poole.

—Esta es sin ninguna duda la letra del doctor. ¿La reconoce? —continuó el abogado.

—A mí también me pareció eso —dijo el sirviente, bastante malhumorado. Después, cambiando la voz, agregó—: pero ¿qué importa la letra? ¡Yo lo he visto!

—¿Lo ha visto? —repitió el señor Utterson—. ¿Y entonces?

—¡Sí, señor! —dijo Poole—. Y fue del siguiente modo: entré de repente en el anfiteatro desde el jardín. Al parecer, él había salido fuera del gabinete para buscar su droga o lo que sea. La puerta estaba abierta, y allí estaba él, en un extremo del salón,

escarbando entre los embalajes. Cuando entré, levantó la vista, dio una especie de grito y echó a correr escaleras arriba hacia el gabinete. No lo vi más que un instante, pero el pelo se me puso de punta. Señor: si ese era mi amo, ¿por qué llevaba una máscara sobre su rostro? Si ese era mi amo, ¿por qué, al verme, gritó como una rata y salió corriendo? Lo he servido por mucho tiempo. Y entonces... —el hombre hizo una pausa, y se pasó la mano por la cara.

—Estos son hechos muy extraños —dijo el señor Utterson—, pero creo que comienzo a ver claro. Su amo, Poole, está evidentemente afectado por una de esas enfermedades que, al mismo tiempo, torturan y deforman al que la padece. De ahí, supongo, la alteración de su voz. De ahí también la máscara y su decisión de evitar a sus amigos. De ahí su ansiedad por encontrar aquella droga, por medio de la cual el pobre mantiene alguna esperanza de recuperación. ¡Dios quiera que no se engañe! Esa es mi explicación. Es triste y espantosa, Poole, pero sencilla y natural, tiene coherencia, y nos libera de alarmas exorbitantes.

—Señor —dijo el mayordomo, poniéndose sumamente pálido—: aquella cosa no era mi amo, y esa es la verdad. Mi amo —aquí miró a su alrededor y comenzó a susurrar— es un hombre alto y elegante, y aquello era poco más que un enano.

Utterson intentó protestar. Poole exclamó:

—Señor: ¿cree usted que después de veinte años no conozco a mi amo? ¿Cree usted que no sé hasta qué altura de la puerta del gabinete, donde lo he visto cada mañana de mi vida, llega su cabeza? No, señor: aquella cosa detrás de la máscara nunca pudo ser el Dr. Jekyll. Solo Dios sabe qué era, pero nunca el Dr. Jekyll. Y creo de todo corazón que se ha cometido un asesinato.

—Poole—respondió el abogado—, si usted afirma eso, mi deber es cerciorarme. Por más que desee respetar los deseos de su amo, por más que me detenga esa nota que parece probar que él aún está vivo, considero mi obligación derribar esa puerta.

—¡Así se habla, señor Utterson!—exclamó el mayordomo.

—Y ahora viene la segunda cuestión —continuó Utterson—: ¿quién va a hacerlo?

—¿Por qué no usted y yo, señor?—fue la intrépida respuesta.

—Muy bien dicho —respondió el abogado—, y pase lo que pase, me encargaré de que usted no sea responsabilizado.

—Hay un hacha en el anfiteatro —continuó Poole—, y usted puede tomar el atizador de cocina.

El abogado tomó en sus manos ese instrumento tosco y pesado y lo blandió en el aire.

—¿Sabe, Poole —dijo levantando la mirada—, que usted y yo vamos a ponernos en una situación de bastante peligro?

—Desde luego, señor, ya lo creo —respondió el mayordomo.

—Entonces, es mejor que seamos francos —dijo el otro—. Ambos pensamos más de lo que hemos dicho. Hablemos con sinceridad. Esta figura enmascarada que vio, ¿la reconoció usted?

—Bueno, señor: fue todo tan rápido, y esa criatura estaba tan encorvada que no podría asegurarlo —respondió Poole—. Pero si usted quiere saber si era el señor Hyde, pues sí, creo que era él. Vea: tenía el mismo tamaño y la misma ligereza, y además, ¿quién más podría haber entrado por la puerta del laboratorio? ¿No recuerda usted que, para la época del asesinato, él aún tenía la llave? Pero esto no es todo, señor Utterson. ¿Ha visto usted alguna vez al señor Hyde?

—Sí —dijo el abogado—, una vez hablé con él.

—Entonces, usted debe saber, como todos nosotros, que había algo extraño en ese caballero, algo que a uno le producía náuseas. No sé bien cómo decirlo, señor, salvo que uno sentía en la médula una especie de escalofrío.

—Yo también tuve esa sensación que usted describe —dijo el señor Utterson.

—Exactamente, señor —respondió Poole—. Bien, cuando aquella cosa enmascarada saltó como un mono desde los embalajes y productos químicos al gabinete, se me heló la sangre. Oh, sé que no basta como evidencia, señor Utterson, estoy suficientemente instruido como para saberlo, pero uno tiene sus presentimientos, y puedo jurar sobre la Biblia que era el señor Hyde.

—Sí, sí —dijo el abogado—. Mis sentimientos se inclinan a pensar lo mismo. Me temo que el mal fundó aquella relación, y que solo el mal podía resultar de ella. Sí, de veras, le creo a usted. Creo que el pobre Harry ha sido asesinado, y creo que su asesino (con qué propósitos, solo Dios puede decirlo) está todavía acechando en la casa de su víctima. Bien, dejemos que nuestro nombre sea venganza. Llame a Bradshaw.

El lacayo acudió al llamado, muy pálido y nervioso.

—Tranquilícese, Bradshaw —dijo el abogado—. Este suspenso, lo sé, los está afectando a todos. Pero es nuestra intención ponerle un fin. Poole y yo, aquí, vamos a forzar la puerta del gabinete. Si todo está bien, yo asumiré la responsabilidad. Mientras tanto, por si algo estuviera realmente fuera de lugar, o algún malhechor intentara escapar por atrás, usted y el muchacho darán la vuelta a la esquina con un par de buenos garrotes, y se apostarán frente a la puerta del laboratorio. Les damos diez minutos para que lleguen a sus puestos.

Cuando Bradshaw partió, el abogado miró su reloj.

—Y ahora, Poole, vayamos a lo nuestro —dijo, y, tomando el atizador bajo su brazo, emprendió el camino al patio.

Las nubes habían ocultado la luna y reinaba una absoluta oscuridad. El viento, que golpeaba en ese pozo entre los edificios, hacía oscilar la luz de la bujía de un lado a otro mientras avanzaban, hasta que llegaron al resguardo del anfiteatro, donde se sentaron en silencio a esperar. Londres bullía solemnemente alrededor. Pero allí la quietud solo era rota por el sonido de las pisadas, que se movían de un lado a otro sobre el piso del gabinete.

—Así camina todo el día, señor —susurró Poole—, sí, y buena parte de la noche. Solo cuando una nueva muestra llega de lo del químico, hay una pequeña pausa. Ay, es la conciencia oscura, que es enemiga del descanso. Hay sangre vilmente derramada en cada uno de sus pasos. Pero escuche nuevamente, más cerca. Escuche con toda su alma, y dígame: ¿son esas las pisadas del doctor?

Las pisadas se sentían livianas y raras, con un cierto ritmo, a pesar de su extrema lentitud. Eran realmente diferentes del andar pesado y estridente de Henry Jekyll. Utterson suspiró.

—¿Nunca ha habido nada más? —preguntó.

Poole asintió con la cabeza.

—Una vez —dijo—. ¡Una vez lo escuché llorando!

—¿Llorando? ¿Cómo fue eso? —dijo el abogado, con un repentino estremecimiento de horror.

—Llorando como una mujer o un alma en pena —dijo el mayordomo—. Me retiré con el corazón tan apesadumbrado que podría haber llorado yo también.

A todo esto, los diez minutos llegaron a su fin. Poole desenterró el hacha de debajo de un montón de paja de embalar, dejó la bujía

sobre la mesa más cercana para que los alumbrara durante el ataque, y los dos hombres se acercaron con el aliento entrecortado al lugar donde esos pertinaces pies seguían caminando de un lado a otro, de acá para allá, en el silencio de la noche.

—¡Jekyll! —gritó Utterson—, exige verte.

Hizo una pausa, pero no hubo ninguna respuesta.

—Te lo advierto claramente: tenemos nuestras sospechas y debo verte, y voy a hacerlo —agregó—. Si no es por las buenas, será por las malas. Si no es con tu consentimiento, será por la fuerza.

—Utterson —dijo la voz—, por el amor de Dios, ¡ten piedad!

—¡Ah! Esa no es la voz de Jekyll —gritó Utterson—. ¡Es la de Hyde! Poole, tire abajo la puerta.

Poole levantó el hacha sobre su hombro; el golpe estremeció el edificio, y la puerta tapizada de rojo tembló con ímpetu contra el cerrojo y los goznes. Un funesto chillido, como de un terror animal, salió del gabinete. Otra vez se levantó el hacha, y otra vez crujieron los paneles de la puerta y se estremeció el marco. Cuatro veces se repitió el hachazo, pero la madera era dura y los herrajes estaban bien hechos, y no fue sino hasta el quinto golpe que el cerrojo se reventó y la puerta, astillada, cayó adentro sobre la alfombra.

Los sitiadores, asustados por el estruendo que ellos mismos habían provocado y por el silencio que le había sucedido, se quedaron un momento afuera, atisbando el interior. Allí, ante sus ojos, bajo la serena luz de la lámpara, estaba el gabinete. Un buen fuego resplandecía y chisporroteaba en la chimenea, la tetera dejaba oír su tenue silbido, uno o dos cajones estaban abiertos, había unos papeles prolijamente dispuestos sobre el escritorio, y, más cerca del fuego, estaban los elementos preparados para el té: podría haberse dicho que era la habitación más tranquila y, de no ser por

las vitrinas repletas de productos químicos, el lugar más vulgar de esa noche londinense.

Justo en el centro yacía el cuerpo de un hombre penosamente retorcido y todavía con espasmos. Se acercaron en puntas de pie, lo dieron vuelta y vieron el rostro de Edward Hyde. Estaba vestido con un traje demasiado grande para él, como del talle del doctor. Los músculos de la cara aún se movían con una apariencia de vida, pero la vida ya lo había abandonado, y por el frasco roto en la mano y el fuerte olor a almendras que flotaba en el aire, Utterson supo que estaba mirando el cuerpo de un suicida.

—Hemos llegado demasiado tarde —dijo severamente—, tanto para salvarlo como para castigarlo. Hyde se ha ido por su cuenta, y solo nos queda encontrar el cuerpo de su amo.

La mayor parte del edificio estaba ocupada por el anfiteatro —que cubría casi toda la planta baja y estaba iluminado desde arriba— y por el gabinete, que formaba un segundo piso en uno de los extremos y tenía ventanas al patio externo. Un corredor unía el anfiteatro a la puerta de la callejuela, con la que el gabinete se comunicaba, independientemente, por medio de una segunda escalera. Además, había unos pocos placares oscuros y un amplio sótano. Todo ello fue cuidadosamente registrado. Un vistazo a cada placard fue suficiente, ya que estaban todos vacíos, y, a juzgar por el polvo que caía de sus puertas, no se habían abierto durante largo tiempo. Por cierto, el sótano estaba repleto de trastos viejos y extravagantes, la mayor parte de ellos de la época del cirujano antecesor de Jekyll. Pero apenas abrieron la puerta, la caída de un perfecto manto de telaraña, que por años había sellado la entrada, les advirtió la inutilidad de seguir buscando allí. Por ninguna parte había rastros de Henry Jekyll, vivo o muerto.

Poole golpeó con el pie las lajas del corredor.

—Debe estar enterrado aquí —dijo, escuchando atentamente el sonido.

—O pudo haber huido —dijo Utterson, volviéndose para examinar la puerta que daba al pasaje. Estaba cerrada, y, junto a ella, sobre el piso de losas, encontraron la llave oxidada.

—No parece haber sido usada en mucho tiempo —observó el abogado.

—¿Usada? —repitió Poole—. ¿No ve, señor, que está rota, como si la hubieran pisoteado?

—Sí —continuó Utterson—, y las roturas también están oxidadas.

Los dos hombres se miraron con temor.

—No entiendo nada, Poole —dijo el abogado—. Volvamos al gabinete.

Subieron la escalera en silencio y procedieron —no sin echar de vez en cuando unas aterrorizadas miradas al cadáver— a un registro más detenido del gabinete. En una mesa había rastros de trabajos químicos: varios montoncitos medidos de una sal blanca dispuestos en platitos de vidrio, como si estuvieran listos para algún experimento que al pobre hombre le hubieran impedido realizar.

—Esta es la misma droga que siempre le traía —dijo Poole. Mientras estaba hablando, el agua que hervía en la tetera rebalsó con un ruido alarmante.

Esto los llevó al sector de la chimenea, donde el sillón estaba arrimado al fuego de modo acogedor, los elementos para el té preparados a un lado de quien fuera que iba a sentarse, y hasta el azúcar en la taza. Había varios libros en un estante, y uno de ellos estaba abierto junto al servicio de té. Utterson se sorprendió al ver

que era un ejemplar de una obra devota, que en varias ocasiones Jekyll había dicho tener en gran estima, anotado con su propia letra con pasmosas blasfemias.

Continuando con su inspección del gabinete, llegaron al espejo móvil de cuerpo entero, en cuyas profundidades miraron con involuntario horror. Estaba inclinado de tal forma que solo reflejaba el resplandor rosado de la llama danzando sobre el techo, el relampagueo del fuego en cientos de repeticiones sobre los frentes vidriados de los armarios y sus propios semblantes pálidos y llenos de temor inclinándose para mirar.

—Este espejo ha visto cosas extrañas, señor —susurró Poole.

—Seguramente ninguna más extraña que su propia presencia en este sitio —replicó el abogado con el mismo tono—. Porque ¿para qué Jekyll...? —Y se detuvo en esta palabra con estremecimiento. Luego, venciendo su debilidad, continuó—: ¿qué podría querer Jekyll hacer con él?

—¡Vaya usted a saber! —dijo Poole.

Volvieron al escritorio. Sobre él, destacándose entre los papeles prolijamente ordenados, había un gran sobre dirigido al señor Utterson con la letra del doctor. El abogado lo abrió, y varios sobres más pequeños cayeron al suelo. El primero era un documento, escrito en los mismos términos disparatados que el que Utterson le había devuelto seis meses antes, que debía servir como testamento en caso de fallecimiento o como escritura de traspaso de dominio en caso de desaparición. Solo que, en lugar del nombre de Edward Hyde, el abogado leyó, con indescriptible asombro, el nombre de Gabriel John Utterson. Miró a Poole, después volvió al papel y, finalmente, al malhechor muerto, tendido sobre la alfombra.

—La cabeza me da vueltas —dijo—. Este hombre ha estado todos estos días aquí como amo absoluto, no tenía ninguna razón para apreciarme —es más: se debe haber puesto furioso al verse desplazado—, y no ha destruido el documento.

Levantó el siguiente papel: era una breve nota escrita con la letra del doctor, y fechada en la parte superior.

—¡Oh, Poole! —exclamó el abogado—. Él estuvo aquí, con vida, hoy mismo. Su cuerpo no pudo haber desaparecido en tan corto tiempo. ¡Debe estar vivo! ¡Debe haber escapado! Pero ¿por qué? ¿Y cómo? Y en ese caso, ¿podremos aventurarnos a calificar a esto de suicidio? Debemos ser cuidadosos. Temo que aún podamos involucrar a su amo en alguna horrenda catástrofe.

—¿Por qué no lo lee, señor? —preguntó Poole.

—Porque tengo miedo—respondió el abogado con solemnidad—. ¡Dios quiera que no haya ninguna razón para ello!

Y diciendo esto se llevó el papel a los ojos y leyó lo siguiente:

“Mi querido Utterson: cuando esta carta llegue a tus manos, habré desaparecido. No tengo la suficiente capacidad para prever de qué manera, pero mi instinto y todas las circunstancias de mi situación innombrable me dicen que el final es seguro, y que debe ser pronto. Vete, pues, y lee el relato que Lanyon me advirtió que dejaría en tus manos. Y si quieres saber más, acude a la confesión de

tu indigno y desgraciado amigo,
Henry Jekyll”

—¿Había un tercer sobre? —preguntó Utterson.

—Aquí, señor —dijo Poole poniendo en sus manos un sobre de volumen considerable, lacrado en diversos lugares.

El abogado lo puso en su bolsillo.

—Yo no diría nada de este papel —dijo—. Si su amo ha escapado o ha muerto, debemos por lo menos salvar su buen nombre. Ahora son las diez. Debo ir a casa y leer este documento con tranquilidad. Pero estaré de regreso antes de medianoche, y entonces mandaremos a llamar a la policía.

Salieron del edificio y cerraron la puerta del anfiteatro tras ellos. Dejando nuevamente a los sirvientes reunidos en el vestíbulo alrededor del fuego, Utterson se fue caminando con dificultad a su despacho, a fin de leer los dos relatos que debían ahora esclarecer el misterio.

El relato del Dr. Lanyon

El nueve de enero, hace hoy cuatro días, recibí por el correo de la tarde un sobre certificado, escrito a mano por mi colega y antiguo compañero de estudios Henry Jekyll. Me sorprendió mucho, ya que no teníamos en modo alguno la costumbre de cartearnos. Yo lo había visto –había cenado con él, incluso– la noche anterior, y no podía imaginar nada en nuestro trato que pudiera justificar la formalidad de una carta certificada. El contenido aumentó mi sorpresa, ya que decía lo siguiente:

“10 de diciembre de 18...

Querido Lanyon:

Tú eres uno de mis amigos más antiguos, y aunque a veces hayamos podido diferir sobre cuestiones científicas, no puedo recordar, al menos de mi parte, ninguna interrupción en nuestro afecto. No hubo nunca un día en el que si tú me hubieras dicho: ‘Jekyll: mi vida, mi honor, mi razón, dependen de ti’, no habría yo sacrificado mi fortuna o mi mano derecha para ayudarte. Lanyon: mi vida, mi honor, mi razón, dependen enteramente de ti; si tú me fallas esta noche, estoy perdido.

Tal vez supongas, tras este prefacio, que voy a pedirte algo deshonoroso. Juzga por ti mismo.

Quiero que pospongas cualquier otro compromiso para esta noche –sí, aun si fueras convocado a comparecer al lado de la cama de un emperador–, que tomes un coche, a menos que tu propio carruaje esté listo en la puerta, y que te dirijas inmediatamente, con esta carta en la mano por si necesitas consultarla, a mi casa. Poole, mi mayordomo, tiene sus órdenes; lo encontrarás esperándote con un cerrajero. Este va a forzar la puerta de mi gabinete, y tú vas a ingresar solo, a abrir la vitrina (letra E) que está a la izquierda, rompiendo la cerradura si estuviera cerrada, y a sacar, con todo su contenido como está, el cuarto cajón empezando desde arriba o (lo que es lo mismo) el tercero desde abajo. En la extrema zozobra en que se encuentra mi espíritu, tengo un miedo mortal a orientarte mal; pero aun si estoy equivocado podrás reconocer el cajón del que te hablo por sus contenidos: algunos polvos, un frasco y un cuaderno. Te ruego que lleses ese cajón de vuelta contigo a Cavendish Square, exactamente como está.

Esa es la primera parte del favor: vamos a la segunda. Deberías estar de vuelta, si sales no bien recibas esta carta, bastante antes de la medianoche; pero te dejaré ese amplio margen no solo por temor a alguno de esos obstáculos que no pueden ser evitados ni previstos, sino también porque un horario en el que tus criados estén en la cama es preferible para lo que resta hacer. Debo pedirte que a medianoche, entonces, estés solo en tu consultorio, que hagas pasar tú mismo a un hombre que irá de parte mía y que le entregues el cajón que habrás llevado contigo de mi gabinete. Entonces habrás terminado

tu parte y conquistado mi plena gratitud. Cinco minutos después, si insistes en tener una explicación, habrás entendido que todas esas providencias eran de vital importancia, y que descuidar una sola de ellas, por caprichosas que pudieran parecer, podría haber cargado a tu conciencia con mi muerte o con el naufragio de mi razón.

Aunque confío en que no tratarás ligeramente esta súplica, mi corazón se deprime y mi mano tiembla ante la simple idea de semejante posibilidad. Piensa que en este momento estoy en un lugar extraño, luchando bajo el peso de una angustia que ninguna fantasía puede exagerar, y sin embargo estoy seguro de que, si solo me ayudaras haciendo lo que te pido, mis aflicciones se terminarían como se termina una mala historia. Ayúdame, mi querido Lanyon, y salva a

tu amigo,

H. J.

P. S.: Ya había cerrado el sobre cuando un nuevo terror me sacudió el alma. Es posible que el correo me falle, y que esta carta no llegue a tus manos hasta mañana a la mañana. En ese caso, querido Lanyon, cumple con mi mandado cuando sea más conveniente para ti en el curso del día, y, nuevamente, espera a mi mensajero a medianoche. Tal vez entonces ya sea demasiado tarde. Si la noche pasa sin novedades, sabrás que nunca volverás a ver a Henry Jekyll”.

Al acabar de leer esta carta estuve seguro de que mi colega estaba loco; pero hasta que eso quedara probado más allá de cual-

quier duda posible, me sentí obligado a hacer lo que me pedía. Si no entendía nada de todo el asunto, menos estaba en posición de juzgar sobre su importancia, y un llamado tan enfático no podía ser desatendido sin una grave responsabilidad. Así pues, me levanté de la mesa, me metí en un coche y me dirigí directamente a la casa de Jekyll. El mayordomo me estaba esperando; había recibido por el mismo correo que yo una carta certificada con instrucciones y había mandado a buscar inmediatamente un cerrajero y un carpintero. Estos llegaron mientras nosotros estábamos todavía conversando, y todos juntos nos dirigimos al viejo anfiteatro de cirugía del Dr. Denman, que constituye (como sin duda sabes) la vía de acceso más directa al gabinete privado de Jekyll. La puerta era muy firme; la cerradura, excelente. El carpintero admitió que usar la fuerza le daría mucho trabajo y provocaría un gran destrozo, y el cerrajero estaba al borde de la desesperación. Pero era un hombre hábil, y tras dos horas de trabajo la puerta estaba abierta. La vitrina señalada con la letra E no estaba cerrada con llave. Saqué el cajón, lo hice rellenar con paja y envolver en una sábana, y volví con él a Cavendish Square.

Aquí procedí a examinar su contenido. Los polvos habían sido empaquetados con cuidado, pero no con la meticulosidad de un farmacéutico: era obvio que habían sido fabricados por el propio Jekyll. Cuando abrí uno de los sobres encontré lo que me pareció una sal simple y cristalina de color blanco. El frasco, al que consagré acto seguido mi atención, debía estar lleno hasta la mitad de una solución color rojo sangre, muy penetrante al olfato y que me pareció que contenía fósforo y algún éter volátil. No pude adivinar los otros ingredientes. El cuaderno era común y corriente, y contenía apenas una serie de fechas. Estas cubrían un período de

muchos años, pero observé que las anotaciones se interrumpían cerca de un año atrás, y de modo bastante abrupto. Aquí y allá una breve observación acompañaba a una fecha, por lo general apenas una simple palabra: “doble”, que aparecía tal vez media docena de veces en un total de varios cientos de registros; y una vez, muy temprano en la lista, y entre varios signos de exclamación, “¡¡¡fracaso total!!!”. Todo esto, aunque estimulaba mi curiosidad, me decía, en definitiva, poca cosa: había aquí un frasco con alguna tintura, unos cuantos paquetes con alguna sal y un registro de una serie de experimentos que (como la mayor parte de las investigaciones de Jekyll) no habían conducido a ningún resultado de utilidad práctica. ¿Cómo podía la presencia de estos artículos en mi casa afectar el honor, la salud o la vida de mi imaginativo colega? Si su mensajero podía ir a un lugar, ¿por qué no podía ir a otro? Y aun suponiendo algún impedimento, ¿por qué debía yo recibir a este caballero en secreto? Cuanto más lo pensaba, más me convencía de que estaba lidiando con un caso de enfermedad mental; y aunque mandé a mis criados a dormir, cargué un viejo revólver por si se hacía necesario recurrir a algún medio de defensa.

Apenas habían sonado las doce en Londres cuando el llamador sonó, muy suavemente, sobre la puerta. Atendí personalmente, y encontré a un hombre pequeño agachado contra las columnas del pórtico.

—¿Viene de parte del Dr. Jekyll? —pregunté.

—Sí —me contestó con un gesto forzado. Y cuando lo invité a entrar no me obedeció sin antes dar un vistazo hacia atrás escrutando la oscuridad de la plaza. Había un policía no muy lejos, avanzando con su linterna encendida. Me pareció que al verlo mi visitante se sobresaltaba y se apresuraba a entrar.

Confieso que estos detalles me impresionaron desfavorablemente. Y no separé mi mano del arma mientras lo seguía hacia el luminoso consultorio, que estaba brillantemente iluminado. Ahí, por fin, pude verlo abiertamente. Nunca antes lo había visto, eso era seguro. Era pequeño, como he dicho. Me impresionó además la horrible expresión de su rostro, la notable combinación de una gran actividad muscular con una aparente debilidad de constitución y –por último, pero no en último lugar– la extraña perturbación subjetiva que causaba su proximidad. Esa sensación se parecía un poco a un incipiente escalofrío, y era acompañada por una notable disminución del pulso. En ese momento la atribuí a un rechazo personal, idiosincrático, y solo me sorprendió la intensidad de los síntomas; pero desde entonces he tenido motivos para creer que la causa de esa inquietud era mucho más profunda, que radicaba en la propia naturaleza del sujeto y que respondía a un móvil más noble que el principio del odio.

Esta persona (que había pues, desde el momento mismo de su aparición, despertado en mí lo que solo puedo describir como una mezcla de repugnancia y curiosidad) estaba vestida de un modo que habría vuelto ridícula a cualquier otra: sus ropas, aunque eran de confección elegante y sobria, le quedaban enormemente grandes por todos lados. Los pantalones le colgaban sobre las piernas y estaban recogidos para protegerlos del suelo, el talle del saco le quedaba por debajo de los muslos, y las solapas le caían abiertas sobre los hombros. Por extraño que parezca, este ridículo atavío no me producía ninguna risa. Antes bien, como había algo de anormal y de contrahecho en la misma esencia de la criatura que ahora me miraba –algo de atrapante, de sorprendente y de revulsivo–, me parecía que esta nueva desproporción no hacía

más que conformarse a esa incongruencia y reforzarla. De modo que a mi interés en la naturaleza y el carácter del personaje se agregaba una curiosidad respecto a su origen, su vida, su fortuna y su lugar en el mundo.

Estas observaciones, que tanto espacio me ha llevado poner por escrito, me ocuparon sin embargo por unos pocos segundos. Mi visitante estaba sin duda preso de una angustiante excitación.

—¿Lo tiene? —bramó—. ¿Lo tiene? —Y su impaciencia era tan viva que hasta me tomó del brazo y quiso sacudirme.

Yo lo rechacé, sintiendo cuando me tocó que una especie de escalofrío me recorría la sangre. “Vamos, señor —dije—. Olvida que todavía no tengo el gusto de saber quién es usted. Tome asiento, por favor”. Y le di el ejemplo sentándome por mi parte en mi silla de costumbre, e imitando mi actitud ordinaria ante un paciente tan bien como lo avanzado de la hora, la naturaleza de mis preocupaciones y el horror que me producía el sujeto me lo permitían.

—Le ruego que me disculpe, Dr. Lanyon —respondió bastante cortésmente—. Tiene usted mucha razón. Mi impaciencia se ha impuesto a mis buenos modales. Vengo acá a instancias de su colega, el Dr. Henry Jekyll, por un asunto bastante importante, y entiendo... —Hizo una pausa y se llevó la mano a la garganta, y pude notar, a pesar de la discreción de sus gestos, que estaba luchando contra un inminente acceso de histeria—. Entiendo que un cajón...

Aquí me apiadé de la ansiedad de mi visitante, y también un poco, tal vez, de mi propia creciente curiosidad.

—Allá está, señor —dije, señalando el cajón, que estaba sobre el piso, detrás de una mesa, y todavía cubierto con la sábana.

Se lanzó hacia él de un salto, y luego se detuvo y se puso la mano sobre el corazón. Yo podía oírlo rechinar los dientes con las

convulsiones de sus mandíbulas, y su rostro estaba tan lívido que me alarmé tanto por su vida como por su razón.

—Tranquilícese —le dije.

Me dirigió una sonrisa terrible y, con una energía que parecía nacer de su desesperación, sacó de un tirón la sábana. Al ver el contenido, dio un suspiro de alivio infinito, tan estruendoso que me quedé petrificado en mi silla. Y un momento después, con una voz que se oía ya bastante controlada, preguntó: “¿Tiene usted un vaso graduado?”.

Me levanté con cierto esfuerzo y le di lo que pedía.

Me agradeció inclinando la cabeza con una sonrisa, midió una pequeña cantidad de la tintura roja y agregó uno de los polvos. A medida que los cristales se disolvían, la mezcla, que al principio era de un tono rojizo, comenzó a adquirir colores brillantes, a hervir ruidosamente y a despedir pequeñas emanaciones de vapor. De repente, y al mismo momento, la ebullición cesó y el compuesto adquirió un color púrpura oscuro, que a su vez se fue transformando más lentamente en un verde agua. Mi visitante, que había observado ansiosamente estas metamorfosis, sonrió, puso el vaso sobre la mesa, y después se volvió y me miró como escrutándome.

—Y ahora —dijo—, a finiquitar este asunto. ¿Querrá usted actuar sabiamente? ¿Aceptaré mi consejo? ¿Me permitirá llevarme este vaso y salir de su casa sin más charla? ¿O le ha ganado la avidez de la curiosidad? Piense antes de responder, porque haré lo que usted decida. Si usted quiere, lo dejaré tal como estaba antes, ni más rico ni más sabio, a menos que el sentimiento de haber ayudado a un hombre en peligro mortal pueda ser considerado una especie de riqueza espiritual. O bien, si usted prefiere, un nuevo campo de conocimiento y nuevas rutas hacia la fama y el poder se le abrirán

aquí, en este cuarto, ahora mismo. Y su vista será sacudida por un prodigio que hará tambalear su incredulidad en Satán.

—Señor —dije, fingiendo una frialdad que estaba lejos de sentir realmente—, habla usted muy enigmáticamente, y seguramente no le sorprenda que lo oiga sin darle demasiado crédito. Pero ya he ido demasiado lejos por este camino de ayudas inexplicables como para detenerme antes de ver el fin.

—Bien —respondió mi visitante—. Lanyon, recuerda tus votos: lo que vas a ver está bajo el secreto de nuestra profesión. Y ahora, tú, que durante tanto tiempo has estado atado a las perspectivas más estrechas y materiales, tú, que has negado la virtud de la medicina trascendental, tú, que te has burlado de quienes eran superiores a ti..., ¡mira!

Se llevó el vaso a los labios y lo tomó de un trago. Siguió un grito; se bamboleó, trastabilló, se aferró a la mesa y se mantuvo asido a ella, con los ojos enormes e inyectados, la respiración entrecortada y la boca abierta. Mientras lo miraba, sobrevino un cambio. Parecía dilatarse; su rostro se volvió repentinamente negro y sus facciones daban la impresión de disolverse y transformarse... Un momento después me había levantado y había retrocedido de un salto contra la pared, con el brazo levantado para escudarme contra ese prodigio y mi espíritu sumido en el terror.

—¡Oh, Dios! —grité—. ¡Oh, Dios! —una y otra vez. Porque allí, ante mis ojos, estaba parado, pálido y agitado, casi desvanecido, y tanteando el aire con las manos, como un hombre vuelto de la muerte, ¡Henry Jekyll!

No puedo consignar por escrito lo que me dijo en la hora siguiente. Vi lo que vi, oí lo que oí, y mi alma enfermó a causa de ello. E incluso ahora, cuando esa visión ha desaparecido de mi

vista, me pregunto si creo en ella, y no puedo responder. Mi vida ha sido conmovida hasta sus raíces, el sueño me ha abandonado, el terror más mortal me persigue a todas horas del día y de la noche. Siento que mis días están contados, y que debo morir; y sin embargo, moriré incrédulo. En cuanto a la depravación moral que ese hombre, con lágrimas de arrepentimiento, me reveló, no puedo ni pensar en ella sin un sobresalto de horror. Solo diré una cosa, Utterson, y eso (si puedes creerlo) será más que suficiente. La criatura que esa noche entró en mi casa era conocida, según la confesión del propio Jekyll, por el nombre de Hyde, y buscada por todos los rincones del país como el asesino de Carew.

Hastie Lanyon

El informe completo de Henry Jekyll sobre el caso

Nací en el año 18..., heredero de una gran fortuna y dotado de excelentes cualidades, inclinado por naturaleza al trabajo y acostumbrado al respeto de los mejores y más sabios de mis semejantes: todo me auguraba, por lo tanto, un futuro honorable y distinguido. En realidad, la peor de mis faltas era un cierto espíritu inquieto y jovial, del tipo que hace feliz a muchos hombres, pero que yo encontraba difícil de conciliar con mi imperioso deseo de reconocimiento, que me exigía presentar en público un aspecto singularmente grave. El resultado de esto es que comencé a ocultar mis placeres. Y cuando tuve edad suficiente para reflexionar y empecé a mirar alrededor mío y a evaluar mi progreso y mi lugar en el mundo, me supe condenado a vivir en una profunda dualidad. Muchos hombres se habrían vanagloriado, tal vez, de cometer irregularidades semejantes a las mías; pero yo, desde las altas cumbres que me había impuesto, las observaba y las ocultaba con una sensación casi morbosa de vergüenza. Era pues más la exigente naturaleza de mis aspiraciones que ninguna particular bajeza de mis faltas lo que me hacía ser lo que era y lo que separaba en mí, con una brecha aún más profunda que en la mayoría de los mortales, esas regiones del bien y el mal que dividen y componen la naturaleza dual del hombre. Esto me impulsó a reflexionar pro-

funda e inveteradamente sobre esa severa ley de la vida, que está en la raíz de la religión y constituye una de las más abundantes fuentes de padecimiento. A pesar de mi honda duplicidad, no era en modo alguno un hipócrita; mis dos lados eran enteramente sinceros; yo no era más auténtico cuando dejaba de lado todos los frenos y me hundía en la ignominia que cuando trabajaba, a la luz del día, en aras del conocimiento o del alivio del dolor y el sufrimiento. Y ocurrió que la dirección de mis estudios científicos, que se dirigían enteramente hacia lo místico y lo trascendental, vino a echar una nueva y poderosa luz sobre esta conciencia de la perpetua guerra entre mis partes. Día a día, y desde los dos lados de mi inteligencia –el moral y el intelectual–, me fui acercando así a esta verdad por culpa de cuyo parcial descubrimiento he sido condenado a tan espantosa desgracia: el hombre, en realidad, no es uno, sino dos. Digo dos porque el estado de mi propio conocimiento no supera este punto. Otros seguirán; otros, avanzando por la misma línea, me superarán; y arriesgo la conjetura de que el hombre será finalmente reconocido como un conglomerado de una multiplicidad de personalidades inconexas e independientes. Yo, por mi parte, a causa de la naturaleza de mi vida, avancé rectamente en una dirección, y solo en una. Fue en el plano moral, y en mi propia persona, que aprendí a reconocer la perfecta y primitiva dualidad del hombre. Comprendí que si podía decirse con razón que cualquiera de las dos naturalezas que libraban su batalla en mi conciencia era la mía era porque, en un sentido radical, ambas lo eran. Y desde fecha muy temprana, incluso antes de que el curso de mis descubrimientos científicos hubiera empezado a sugerir la patente posibilidad de un milagro semejante, yo había aprendido a acariciar con placer, como a un sueño, la ilusión de separar esos

elementos. Si cada uno de ellos –me decía– pudiera ser alojado en una identidad independiente, la vida se vería aliviada de todas sus insoportables cargas: el pecador podría seguir su camino, liberado de las ambiciones y los remordimientos de su rígido gemelo, y el justo podría avanzar con resolución y seguridad por la senda recta, practicando las buenas acciones en las que encuentra su placer y libre por fin de sufrir el oprobio y la vergüenza por culpa de una maldad que no era suya. Era la maldición de la humanidad que estos incongruentes manojos hubieran sido atados de este modo, que en el seno atormentado de la conciencia estos hermanos enemigos debieran sostener una lucha perpetua. ¿Cómo separarlos?

Había llegado a ese punto en mis reflexiones cuando, como he dicho, una luz lateral comenzó a iluminar el asunto desde la mesa del laboratorio. Comencé a percibir, con más nitidez que la que nunca se haya alcanzado, la temblorosa inmaterialidad, la frágil transitoriedad de este cuerpo, aparentemente tan sólido, en el que andamos ataviados. Descubrí que ciertos agentes tenían el poder de sacudir y arrancar esa carnal vestimenta con la misma facilidad con la que el viento puede agitar una cortina. Por dos buenas razones no profundizaré en este aspecto científico de mi confesión. Primero, porque he aprendido que la carga y la condena de la vida de cada hombre están atadas para siempre a sus espaldas, y que intentando sacudirnoslas no logramos más que hacerlas volver sobre nosotros con un peso más extraño y más abrumador. Segundo, porque, como mi relato volverá, ¡ay!, demasiado evidente, mis descubrimientos eran incompletos. Baste pues con decir que yo no solo descubrí que mi cuerpo natural no era más que el aura o la emanación de los poderes que componían mi espíritu, sino que conseguí fabricar una droga que podría despojar a esas fuerzas de

su supremacía y sustituir esa forma y esa apariencia por otras, no menos auténticas, que fueran la expresión y llevaran el sello de los elementos más bajos de mi alma.

Dudé mucho antes de someter esta teoría a la prueba de la práctica. Sabía bien que arriesgaba la vida, ya que una droga que podía controlar y hacer temblar la base misma de la identidad podría, por el más mínimo exceso en la dosis o el menor destiempo en el suministro, hacer desaparecer completamente ese tabernáculo inmaterial que yo quería que transformara. Pero finalmente la tentación de un descubrimiento tan singular y profundo primó sobre los consejos del temor. Hacía tiempo que había preparado la solución. Compré entonces, en una casa de productos químicos, una gran cantidad de una cierta sal que, como sabía por mis experimentos, era el último ingrediente necesario, y ya tarde, una noche maldita, mezclé los elementos, los miré hervir y humear juntos en un vaso, y cuando la ebullición se hubo apaciguado, en un arranque de coraje, me tomé la poción.

Siguieron los dolores más desgarradores; me parecía que me molían los huesos, sentí una náusea mortal, y mi espíritu experimentó un horror que no podría superarse ni en la hora del nacimiento ni en la de la muerte. Luego estas agonías comenzaron rápidamente a desaparecer, y volví en mí como si saliera de una grave enfermedad. Había algo extraño en mis sensaciones, algo indescriptiblemente nuevo y, a causa de esa misma novedad, increíblemente grato. Me sentía más joven, más ligero, físicamente más vital. Experimentaba una fogosidad impetuosa, una corriente de desordenadas imágenes sensuales fluyendo en mi fantasía como el agua en un canal, la desaparición de las cadenas del deber y una desconocida aunque no inocente libertad de espíritu. Al primer aliento en esta

nueva vida, me supe más malvado, diez veces más malvado, un esclavo vendido a mi maldad original, y la idea, en ese momento, me animó y me deleitó como el vino. Estiré las manos, exultante en la frescura de estas sensaciones, y entonces, de pronto, me di cuenta de que había perdido estatura.

En esa época no había ningún espejo en este cuarto. El que está ahora, mientras escribo, a mis espaldas, fue traído después, precisamente para estas transformaciones. La noche, entretanto, había dado paso a la madrugada, y la madrugada, todavía oscura, se preparaba para dar a luz el día. Los habitantes de la casa dormían profundamente. Decidí, animado como estaba por la esperanza y el triunfo, aventurarme en mi nueva forma hasta mi dormitorio. Atravesé el patio, donde los astros pudieron contemplar, maravillados, a la primera criatura de ese tipo que su insomne vigilancia les había descubierto, me deslicé por los corredores, como un extraño en mi propia casa, y cuando llegué a mi cuarto vi por primera vez el aspecto de Edward Hyde.

Aquí solo puedo hacer especulaciones. Diré pues no lo que sé, sino lo que supongo más probable. La parte mala de mi naturaleza, a la que le había transferido ahora el mando, era menos fuerte y menos desarrollada que la buena, a la que acababa de destronar: a lo largo de mi vida –que después de todo había sido casi en su totalidad una vida de esfuerzo, virtud y control–, se había ejercitado, y gastado, mucho menos que esta. De ahí resultó, según creo, que Edward Hyde fuera tanto más pequeño, delgado y joven que Henry Jekyll. Así como el bien resplandecía en el rostro de uno, el mal estaba grabado nítida y patentemente en las facciones del otro. Además, el mal (que no puedo sino seguir considerando el lado letal del hombre) había dejado en ese cuerpo una impresión

de deformidad y ruina. Y sin embargo, cuando contemplé a ese ídolo asqueroso en el espejo, no sentí ninguna repugnancia, sino más bien, por el contrario, un intenso regocijo. Ese también era yo. Parecía natural y humano. A mis ojos revelaba una imagen de mi espíritu más viva, parecía más expresivo y auténtico, que el aspecto imperfecto y dividido que hasta entonces me había acostumbrado a llamar mío. Y en eso estaba sin duda en lo cierto. He observado que cuando asumía la forma de Edward Hyde nadie podía acercárseme sin experimentar un inmediato y evidente rechazo físico. Esto, según creo, se debía a que todos los seres humanos con los que nos encontramos son una mezcla de bondad y maldad: solo Edward Hyde, único entre los hombres, era pura maldad.

No me demoré más que un momento ante el espejo: aún debía intentar el segundo y decisivo experimento; todavía me faltaba saber si había perdido mi identidad irremediablemente y debía fugarme antes de que amaneciera de una casa que entonces ya no me pertenecería. Volví de prisa a mi gabinete, nuevamente preparé la mezcla y la bebí, nuevamente sufrí un dolor mortal, y nuevamente volví en mí con los rasgos, la estatura y el rostro de Henry Jekyll.

Esa noche había llegado a la encrucijada fatal. Si hubiera encarado mi descubrimiento con un espíritu más noble, si me hubiera enfrentado al experimento bajo el imperio de aspiraciones generosas o elevadas, todo habría sido diferente, y de esas agonías de muerte y nacimiento habría surgido como un ángel en lugar de como un demonio. La droga actuaba imparcialmente: no era ni diabólica ni divina, no hacía más que romper las puertas de la prisión de mis inclinaciones, permitiendo que lo que estaba dentro escapara, como los cautivos de Philippi,* al exterior. En

esa época mi virtud estaba adormecida; mi maldad, a la que mi ambición mantenía despierta, estaba alerta y lista para aprovechar la ocasión, y lo que emergió fue Edward Hyde. De ahí que, aunque yo tenía ahora dos personalidades tanto como dos apariencias, una era enteramente mala, mientras la otra seguía siendo el viejo Henry Jekyll, esa mezcla contradictoria en cuya reforma y mejora ya había aprendido a perder toda esperanza. El cambio había sido, así, completamente para peor.

Aún a esa altura de mi vida, yo no había logrado superar mi aversión a la aridez de una existencia consagrada apenas al estudio. Me seguía gustando divertirme de vez en cuando, y como mis placeres eran (para decir lo menos) indignos, y yo no solo era muy conocido y altamente considerado sino que me iba convirtiendo en un hombre mayor, esta incoherencia de mi vida se me volvía cada día más insoportable. Fue por ese lado que mi nuevo poder me tentó hasta hacerme su esclavo. No tendría más que beber la copa, despojarme al instante del cuerpo del notorio profesor y ponerme, como si fuera un abrigo, el de Edward Hyde. La idea me hizo sonreír. Me parecía, entonces, algo divertido, y preparé todo con el mayor cuidado. Conseguí y amueblé aquella casa en el Soho, hasta la que Hyde fue rastreado por la policía, y contraté como ama de llaves a una mujer de quien sabía bien que era discreta e inescrupulosa. Por otro lado, anuncié a mis criados que un tal señor Hyde (a quien describí) tendría absoluta libertad y plenos poderes en mi casa de la plaza, y para evitar cualquier contratiempo me presenté allí y me hice familiar a todos en mi segundo personaje. Después redacté ese testamento al que tanto te opusiste, de modo que si algo me ocurría en la persona del Dr. Jekyll pudiera asumir la de Edward Hyde sin pérdidas económicas.

Y así, fortalecido –según pensé– por todos los flancos, comencé a aprovechar las extrañas inmunidades de mi posición.

Siempre han existido hombres que contrataron asesinos a sueldo para ejecutar sus crímenes mientras sus personas y sus reputaciones quedaban a salvo. Yo fui el primero en hacerlo solo por placer. Yo fui el primero que pudo presentarse ante los ojos de todos cargado de una confortante respetabilidad, y en un momento, como un escolar, despojarse de esos apoyos y tirarse de cabeza al mar de la libertad. Para mí, envuelto en mi manto impenetrable, la seguridad era completa. Piensa en ello: ¡yo ni siquiera existía! Solo necesitaba cruzar la puerta de mi laboratorio, solo necesitaba tener uno o dos segundos para mezclar y tomarme de un trago la bebida –que tenía siempre lista–, y, sin importar lo que hubiera hecho, Edward Hyde desaparecería como la marca del aliento sobre un espejo; y allí, en su lugar, tranquilamente en casa, arreglando una lámpara en su estudio, se encontraría un hombre que podría darse el lujo de reírse de cualquier sospecha: Henry Jekyll.

Los placeres que me apresuré a buscar bajo mi disfraz eran, como he dicho, indignos, aunque difícilmente merecerían una palabra más dura. En las manos de Edward Hyde, sin embargo, pronto comenzaron a virar hacia lo monstruoso. A menudo, cuando volvía de esas excursiones, quedaba sumido en una especie de estupor ante mi vicaria depravación. Ese demonio familiar al que había hecho salir de mi propia alma y despachado solo a hacer lo que se le antojara era un ser inherentemente maligno y ruin; todos sus actos y pensamientos se centraban en sí mismo, bebía con avidez bestial el placer que le causaba cualquier forma de torturar a otro y era implacable como un hombre de piedra.

Henry Jekyll quedaba a veces horrorizado frente a los actos de Edward Hyde. Pero la situación, que estaba fuera del alcance de las leyes ordinarias, se sustraía insidiosamente, también, de las garras de la conciencia. Después de todo, el culpable era Hyde, y solo Hyde. Jekyll no era ahora peor que antes. Al contrario: había reconquistado sus viejas virtudes aparentemente intactas, y se apresuraba incluso, cuando era posible, a reparar el daño hecho por Hyde. Y así su conciencia se iba adormeciendo.

No me propongo ingresar aquí en los detalles de las infamias de las que de ese modo me hice cómplice (pues todavía hoy apenas puedo aceptar haberlas cometido); solo quiero apuntar las advertencias con las que se fue anunciando mi castigo y los sucesivos pasos con los que este se acercó. Me ocurrió un accidente que, como no tuvo consecuencias, no haré más que mencionar. Un acto de crueldad contra una criatura despertó contra mí la furia de un transeúnte, a quien reconocí el otro día en la persona de tu pariente. El médico y la familia de la niña se le unieron, y hubo momentos en los que temí por mi vida. Finalmente, con el propósito de calmar su más que justificado enojo, Edward Hyde debió llevarlos hasta la puerta de su casa y pagarles con un cheque firmado por Henry Jekyll. El peligro de que algo así volviera a ocurrir en el futuro fue rápidamente eliminado abriendo una cuenta en otro banco a nombre del propio Edward Hyde. Y cuando, enrareciendo mi propia letra, hube provisto a mi doble de una firma, pensé que había logrado quedar fuera del alcance de cualquier desgracia.

Alrededor de dos meses antes del asesinato de Sir Danvers, yo había estado afuera corriendo una de mis aventuras, había vuelto tarde, y al día siguiente me desperté en mi cama con unas sensaciones algo extrañas. Era en vano que mirara alrededor mío; en vano

que viera el decoroso mobiliario y las grandes proporciones de mi cuarto en la casa de la plaza; en vano que reconociera el modelo de las cortinas de la cama y el diseño de la estructura de caoba: algo seguía insistiendo en que yo no estaba donde estaba, en que yo no me había despertado donde creía estar, sino en el pequeño cuarto del Soho donde acostumbraba dormir en el cuerpo de Edward Hyde. Sonreía para mis adentros, y, de acuerdo con mi psicología, comencé perezosamente a examinar los elementos de esta ilusión, no sin recaer de a ratos en un agradable sopor matinal. Estaba todavía en eso cuando, en uno de los momentos en que estaba más despierto, mis ojos descubrieron mi mano. Ahora bien: la mano de Henry Jekyll (como a menudo has observado) tenía la forma y el tamaño de las de un profesional: era grande, firme, blanca y bien proporcionada. La mano que ahora veía con bastante claridad, a la luz amarillenta de una mañana de Londres, tendida entreabierta sobre las sábanas, era en cambio delgada, llena de nervios y de nudos, de una palidez sombría, y densamente cubierta por un manto de vello oscuro. Era la mano de Edward Hyde.

Debo haberme quedado mirándola fijamente por cerca de medio minuto, sumido como estaba en el estupor que me causaba ese prodigio, antes de que el terror, súbito y luminoso como un golpe de platillos, se despertara en mi pecho. Salté de mi cama y corrí al espejo. El cuadro que vieron mis ojos me heló la sangre. Sí: me había acostado como Henry Jekyll, y me había despertado como Edward Hyde. ¿Cómo podía explicarse esto?, me pregunté a mí mismo. Y después, con otro sobresalto de terror: ¿cómo podría remediarse? Era bien entrada la mañana, los criados estaban levantados y todas mis drogas estaban en el gabinete, a una gran distancia de donde estaba entonces, paralizado por el horror: debía

bajar dos pares de escaleras, recorrer el pasillo del fondo, cruzar el patio descubierta y atravesar el anfiteatro de anatomía. Por cierto, podría cubrirme el rostro, pero ¿de qué me habría servido, si no podía ocultar la alteración de mi estatura? Y entonces, con una embriagadora sensación de alivio, recordé que los criados ya estaban habituados a las idas y venidas de mi segundo yo. Me vestí rápidamente lo mejor que pude, con ropas de mi tamaño original, atravesé rápidamente la casa, me crucé con Bradshaw, que abrió los ojos con asombro y dio un paso atrás al ver al señor Hyde a esa hora y con semejante indumentaria, y diez minutos después el Dr. Jekyll había vuelto a su propio tamaño y se estaba sentando, con una expresión sombría, dispuesto a fingir que desayunaba.

No tenía mucho apetito, por cierto. Ese inexplicable incidente, esa alteración de mi experiencia previa, me parecía estar deletreando, como el dedo de Babilonia en la pared,* mi propia sentencia, y comencé a reflexionar más seriamente que hasta entonces sobre los beneficios y las posibilidades de mi doble existencia. Esa parte de mí mismo que yo tenía el poder de proyectar había sido últimamente muy ejercitada y alimentada; había sentido recientemente la impresión de que el cuerpo de Edward Hyde había ganado estatura y de que, cuando yo lo vestía, mi sangre fluía con más fuerza, y empezaba a atisbar el peligro de que, si las cosas seguían así por mucho tiempo, el equilibrio de mi naturaleza pudiera desmoronarse para siempre, mi poder de cambiar a voluntad perderse y la personalidad de Edward Hyde convertirse, irrevocablemente, en la mía. El poder de la droga no se había manifestado siempre igual. Una vez, muy al principio, me había fallado por completo. Desde entonces me había visto obligado en más de una ocasión a duplicar, y una vez, con infinito riesgo de mi vida, a triplicar, la

dosis. Hasta el momento, esas extrañas irregularidades habían echado las únicas sombras sobre mi satisfacción. Ahora, sin embargo, a la luz del accidente de esa mañana, me vi llevado a advertir que, mientras al comienzo la dificultad había sido sacudirme el cuerpo de Jekyll, de a poco pero decididamente el problema se había invertido. Todo parecía indicar, pues, que yo iba perdiendo gradualmente el control sobre mi primitivo yo, que era el mejor, y me iba incorporando lentamente al segundo, que era el peor.

Supé que ahora tenía que elegir entre los dos. Mis dos naturalezas tenían memoria en común, pero todas las otras facultades estaban repartidas entre ellas del modo más desigual. Jekyll (que era un ser compuesto) proyectaba y compartía –ora con las más delicadas aprensiones, ora con un placer voraz– los placeres y las aventuras de Hyde, pero Hyde era indiferente hacia Jekyll, o lo recordaba apenas como el bandido de la montaña recuerda la caverna en la que se oculta cuando lo persiguen. Jekyll tenía un interés mayor que el de un padre; Hyde, una indiferencia mayor que la de un hijo. Quedarme con Jekyll era morir a esos apetitos a los que durante mucho tiempo solo había podido entregarme en secreto, y con los que últimamente había empezado a regalarme. Quedarme con Hyde era morir a mil intereses y aspiraciones, y convertirme, de pronto y para siempre, en alguien despreciado y sin amigos. La alternativa podría parecer desproporcionada, pero había todavía otra consideración para poner en la balanza. Porque mientras Jekyll sufriría dolorosamente en los fuegos la abstinencia, Hyde no sería ni siquiera consciente de aquello que había perdido. Por extraña que fuera mi situación, los términos de este dilema son tan viejos y comunes como el hombre: estímulos y alarmas muy semejantes deciden la suerte de cualquier pecador tentado

y temeroso. Y a mí me ocurrió, como le suele ocurrir a la gran mayoría de los hombres, que hice la mejor opción, y que después me faltó la fuerza para sostenerla.

Sí: preferí al doctor maduro y grave, rodeado de amigos y alimentando honestas esperanzas, y di un resuelto adiós a la libertad, a la comparativa juventud, al paso ligero, al pulso impetuoso y a los secretos placeres de los que había gozado bajo el disfraz de Hyde. Hice esta elección, tal vez, con alguna inconsciente reserva, porque nunca me deshice de la casa del Soho, ni destruí las ropas de Edward Hyde, que todavía están en mi gabinete, listas para usar. Durante dos meses, sin embargo, permanecí fiel a mi determinación; durante dos meses llevé una vida más severa que la que nunca antes había llevado, y disfruté de las compensaciones de una conciencia satisfecha. Pero el tiempo comenzó finalmente a borrar la urgencia de mi alarma, las alabanzas de mi conciencia se me volvieron rutinarias, empecé a sentirme torturado por angustias y deseos vehementes, como si Hyde estuviera luchando por su libertad, y, finalmente, en un momento de debilidad moral volví a componer y a tomar la bebida transformadora.

Supongo que cuando un borracho razona consigo mismo sobre su vicio, no piensa ni una vez entre quinientas en los peligros que corre a causa de su irracional insensibilidad física. Tampoco yo, cuando había considerado mi posición, había tenido suficientemente en cuenta la total insensibilidad moral y la insensata disposición para el mal, que eran las características dominantes de Edward Hyde. Fue por ellas, sin embargo, que fui castigado. Mi demonio había estado encerrado durante mucho tiempo, y salió rugiendo. En el instante mismo en que tomaba la poción, tuve conciencia de una propensión al mal más desenfrenada y más furiosa. Debe

haber sido eso, supongo, lo que desató en mi alma esa tormenta de impaciencia con la que escuché las cortesías de mi desafortunada víctima. Declaro ante Dios, al menos, que ningún hombre moralmente sano podría haber cometido ese crimen movido por una provocación tan pobre, y que el espíritu con el que di esos golpes no era más sensato que aquel con el que un niño enfermo puede romper un juguete. Pero yo me había despojado voluntariamente de todos esos instintos de equilibrio gracias a los cuales incluso el peor de nosotros sigue caminando con cierto grado de firmeza entre las tentaciones. En mi caso ser tentado, por muy ligeramente que fuera, era caer.

Instantáneamente el espíritu infernal se despertó en mí y se enfureció. En un raptó de júbilo me dediqué a apalear ese cuerpo indefenso, deleitándome con cada golpe, y no fue sino cuando había empezado a vencerme el cansancio que repentinamente, en el éxtasis de mi delirio, un escalofrío de terror me atravesó el corazón. La bruma se disipó, vi mi vida perdida, y huí de la escena de esos excesos, al mismo tiempo gloriándome y temblando, mi sed de mal gratificada y estimulada, mi amor a la vida más alto que nunca. Corrí a la casa del Soho, y, para redoblar mi seguridad, destruí mis papeles. Desde allí salí a la calle, iluminada por los faroles, con el mismo espíritu dividido y transportado: regocijándome con mi crimen y maquinando delirantemente otros para el futuro, pero sin dejar al mismo tiempo de apretar el paso y de aguzar el oído para oír detrás de mí los pasos del vengador. Hyde tenía una canción en sus labios mientras componía la bebida, y al apurarla brindó por el muerto. Los tormentos de la transformación no le habían hecho derramar una lágrima de dolor cuando Henry Jekyll, llorando a mares de gratitud y remordimiento, había caído sobre sus rodillas

y alzado sus manos unidas hacia Dios. El velo de autoindulgencia se rasgó de parte a parte, y vi mi vida como un todo: la seguí desde los días de la infancia, cuando caminaba de la mano de mi padre, y a través de los abnegados afanes de mi actividad profesional, para llegar una y otra vez, con la misma sensación de irrealidad, a los malditos horrores de lo que acababa de ocurrir. Quería gritar. Intenté, con lágrimas y ruegos, ahogar la multitud de imágenes y sonidos espantosos con los que me torturaba mi memoria. Y sin embargo, entre mis peticiones, el rostro endiablado de mi maldad se asomaba dentro de mi alma. Cuando la violencia de mi remordimiento comenzó a ceder, la sucedió un sentimiento de alegría. El problema de mi conducta estaba resuelto. De ahora en adelante, Hyde era imposible. Lo quisiera yo o no, ahora estaba confinado a la mejor parte de mí, y ¡oh, cómo me alegró pensarlo! ¡Con qué gustosa humildad abracé nuevamente las restricciones de la vida corriente! ¡Con qué sincero renunciamiento miré la puerta por la que tan a menudo había salido y entrado, y aplasté la llave bajo mi pie!

Al día siguiente llegó la noticia de que el asesinato había sido visto desde una ventana, de que la culpabilidad de Hyde era evidente para todo el mundo, y de que la víctima era un hombre de una alta estimación pública. No había sido solo un crimen: había sido una trágica locura. Creo que me alegró saberlo; creo que me tranquilizó tener mis mejores impulsos reforzados y custodiados por el terror al patíbulo. Jekyll era ahora mi guarida; si Hyde se asomara apenas para echar un vistazo, las manos de todo el mundo se levantarían para prenderlo y acabar con él.

Resolví redimir mi pasado con mi conducta futura, y puedo decir con honestidad que mi decisión dio algunos buenos frutos.

Tú mismo sabes con cuánto ahínco trabajé, durante los últimos meses del año pasado, para aliviar el sufrimiento de otros; tú sabes que hice mucho por los demás, y que los días pasaban tranquilos, casi felices, para mí. No puedo en realidad decir que me aburriera con esta vida benéfica e inocente. Creo, por el contrario, que cada día la disfrutaba más plenamente. Pero todavía renegaba con mi dualidad interior, y cuando el primer impulso de mi penitencia se fue disipando, mi lado más bajo –tanto tiempo consentido, tan recientemente encadenado– empezó a gruñir por su libertad. No es que yo soñara con resucitar a Hyde: la simple idea de semejante locura me espantaba. No: era en mi propia persona que una vez más me sentía tentado a jugar con mi conciencia, y fue como un común y secreto pecador que finalmente cedí a los asaltos de la tentación.

Todo llega a su fin. La medida más amplia es colmada al fin. Y esta breve condescendencia al mal finalmente destruyó el balance de mi alma. Y, sin embargo, no estaba alarmado; la caída me pareció natural, como una vuelta a los viejos tiempos anteriores a mi descubrimiento. Era un hermoso y diáfano día de enero, húmedo bajo el pie donde la escarcha se había derretido, pero sin nubes en lo alto, y el Regent's Park estaba lleno de pájaros invernales que trinaban y endulzado por fragancias que anunciaban la primavera. Me senté al sol en un banco, con el animal que había en mi interior relamiéndose con porciones de mi memoria, y con mi costado espiritual algo adormecido, prometiéndose una penitencia futura, pero sin hacer nada para comenzar con ella. Después de todo, pensé, yo era igual que mis semejantes. Y entonces sonreí al compararme a mí mismo con otros hombres, al comparar mi activa benevolencia con la perezosa crueldad de su negligencia. Y en el preciso instante en que me vanagloriaba

con ese pensamiento, sentí un desfallecimiento, una náusea horrible y los más mortales temblores. Cuando todo esto pasó, quedé agotado. Cuando, a su turno, esta debilidad también fue desapareciendo, comencé a percatarme de un cambio en la índole de mis pensamientos: un mayor atrevimiento, un desdén por el peligro, un aflojamiento de las ataduras del deber. Miré hacia abajo: mis ropas colgaban deformes sobre mis miembros contraídos. La mano que descansaba sobre mi rodilla era nudosa y peluda. Era, una vez más, Edward Hyde. Un momento antes había estado seguro del respeto de todo el mundo, era rico, querido. La mesa tendida me esperaba en el comedor de casa. Ahora era la presa que la humanidad entera perseguía, no tenía hogar, era un asesino público, estaba condenado a la horca.

Mi razón titubeó, pero no me abandonó completamente. He observado más de una vez que, en mi segunda personalidad, mis facultades parecían aguzarse y mis energías adquirir mayor tensión y elasticidad. Fue así que, allí donde Jekyll tal vez habría sucumbido, Hyde estuvo a la altura de la gravedad de las circunstancias. Mis drogas estaban en uno de los armarios de mi gabinete; ¿cómo podría alcanzarlas? Ese era el problema que, estrujándome las sienes entre las manos, me apliqué a resolver. Yo había cerrado la puerta del laboratorio. Si trataba de entrar por la casa, mis propios criados me entregarían. Comprendí que debía valerme de alguien más, y pensé en Lanyon. ¿Cómo llegar a él? ¿Cómo persuadirlo? Suponiendo que lograra evitar que me prendieran por las calles, ¿cómo iba a arreglármelas para que me recibiera? ¿Y cómo podría yo, un visitante desconocido y desagradable, convencer al famoso médico de que entrara en el estudio de su colega, el Dr. Jekyll, y lo allanara? Entonces recordé que aún conservaba un rasgo de mi

personalidad original: podía escribir con mi propia letra. Y una vez que mi mente hubo encendido esa chispa fulgurante, el camino que debía seguir se me iluminó de punta a punta.

Así pues, me arreglé la ropa lo mejor que pude, paré un coche que pasaba y me hice conducir a un hotel en la calle Portland, cuyo nombre casualmente recordaba. Al ver mi apariencia (que era en verdad bastante cómica, por muy trágico que fuera el sino que esa vestimenta encubría) el conductor no pudo disimular su risa. Yo hice crujir mis dientes con una especie de furia diabólica, y la sonrisa desapareció de su rostro, afortunadamente para él, y aún más afortunadamente para mí, porque en un instante más ciertamente lo habría destrozado. Cuando entré al hotel miré alrededor mío con una expresión tan atroz que hizo temblar a los empleados, quienes no intercambiaron ni una mirada en mi presencia y en cambio obedecieron amablemente mis órdenes, me condujeron a una habitación privada y me acercaron con qué escribir. Hyde en peligro de muerte era una criatura nueva para mí: agitado por una angustia extraordinaria, tenso al límite de poder matar, ávido de hacer daño. Sin embargo, la criatura era astuta, y dominaba su furia con una gran fuerza de voluntad. Escribió sus dos importantes cartas, una a Lanyon y una a Poole, y para asegurarse de que fueran despachadas mandó enviarlas por correo certificado.

Después pasó todo el día en su cuarto, sentado frente al fuego y comiéndose las uñas. Cenó allí mismo, solo con sus propios temores, frente a un camarero que temblaba visiblemente ante su mirada. Cuando se hubo hecho noche cerrada, se puso en marcha: sentado en un rincón de un coche cerrado, se hizo llevar de un lado a otro por las calles de la ciudad. Estoy usando la tercera persona:

no puedo decir “yo”. Esa criatura infernal no tenía nada de humano, no había nada vivo en él excepto el miedo y el odio. Y cuando al fin, temiendo que el cochero hubiera empezado a sospechar algo, lo despidió y se aventuró a pie –en esas inadecuadas ropas que lo volvían especialmente llamativo– entre los transeúntes nocturnos, esas dos bajas pasiones se agitaban en su interior como una tempestad. Caminaba rápido, perseguido por sus miedos, hablando consigo mismo, por las calles menos transitadas, contando los minutos que todavía lo separaban de la medianoche. Una mujer se le acercó y le ofreció, creo, una caja de fósforos. Él la apartó de un golpe en la cara, y ella huyó.

Cuando volví a ser yo mismo en lo de Lanyon, el horror de mi viejo amigo tal vez me afectó un poco. No lo sé. En cualquier caso no fue más que una gota en el océano de horrores que habían sido para mí esas horas. Un cambio se había operado en mí. Lo que me atormentaba no era ya el temor a la horca, sino el horror de ser Hyde. Oí los reproches de Lanyon como en un sueño; como en un sueño volví a mi propia casa y me metí en la cama. Después de la agonía del día, dormí con un sueño pesado y profundo que ni siquiera las pesadillas que me atormentaron pudieron interrumpir. Desperté a la mañana agitado y débil, pero descansado. Todavía odiaba y temía el pensamiento de la bestia que dormía dentro de mí, y no había olvidado, por supuesto, los espantosos peligros del día anterior. Pero estaba de nuevo en casa, en mi propia casa, y cerca de mis drogas, y la gratitud por haberme salvado resplandeció con tanta fuerza en mi alma que competía en ella con el brillo de mi esperanza.

Estaba caminando tranquilamente por el patio después del desayuno, tomando plácidamente un poco de aire fresco, cuando

me asaltaron otra vez esas indescriptibles sensaciones que anunciaban el cambio. Apenas tuve el tiempo necesario para alcanzar a refugiarme en el laboratorio antes de encontrarme nuevamente lidiando con las vehementes pasiones de Hyde. Me costó en esa ocasión una doble dosis hacerme volver a mí mismo; y, ¡ay!, seis horas más tarde, mientras estaba sentado mirando tristemente el fuego, los dolores volvieron, y tuve que volver a administrarme la droga. En resumen: desde ese día, parecía que solo merced a un enorme esfuerzo, casi físico, y solo bajo el efecto inmediato de la droga, era capaz de vestir la apariencia de Jekyll. A cualquier hora del día o de la noche me sorprendía el temblor premonitorio, y sobre todo, si me dormía, o incluso si me adormecía en mi silla, era siempre como Hyde que me despertaba. Bajo la tensión de esta amenaza continua a la que me encontraba sentenciado, y a causa de la falta de sueño a la que yo mismo me condené, incluso más allá de lo que había pensado que un hombre podía resistir, me convertí en una criatura consumida y agotada por la fiebre, extenuada en cuerpo y en espíritu, y enteramente ocupada por un solo pensamiento: el horror a mi otro yo. Pero no bien me dormía, o no bien se me pasaba el efecto de la medicina, me encontraba de pronto, casi sin transición (ya que los dolores del cambio se volvían cada día menos marcados), en posesión de una fantasía colmada de imágenes aterradoras, de un alma estremecida por odios sin causa, y de un cuerpo que no parecía lo suficientemente fuerte para contener esas furiosas energías vitales. Los poderes de Hyde parecían haber crecido con la debilidad de Jekyll. Y por cierto que el odio recíproco que ahora los separaba tenía las mismas dimensiones de un lado y del otro. Del lado de Jekyll, era algo de instinto vital. Él había visto ahora la plena deformidad de esa criatura que

compartía con él algunos de los fenómenos de la conciencia y con la cual era coheredera de la muerte. Y más allá de estos lazos de comunidad, que constituían en sí mismos la parte más lastimosa de su desgracia, pensó en Hyde, a pesar de toda su energía vital, como algo no solo diabólico, sino inorgánico. Eso era lo chocante: que ese montón de fango pudiera proferir gritos y voces, que el polvo amorfo gesticulara y pecara, que lo que estaba muerto y no tenía forma usurpara las funciones de la vida. Y, sobre todo, que ese horror insurrecto estuviera unido a él más íntimamente que una esposa o que sus propios ojos, que estuviera encerrado en su propia carne, donde él lo oía gruñir y lo sentía luchar para salir, y que en cada momento de debilidad, y en el descuido del sueño, prevaleciera sobre él y lo depusiera de la vida. El odio de Hyde por Jekyll era de otro orden. Su terror a la horca lo llevaba a cometer continuamente suicidios temporarios y a volver a su condición subordinada de ser una parte en lugar de una persona. Pero él detestaba esa necesidad, detestaba el abatimiento en el que Jekyll había caído, y se sentía agraviado por el disgusto con el que este lo consideraba. De ahí las burlas simiescas que me hacía, escribiendo blasfemias, con mi propia letra, en las páginas de mis libros, o quemando las cartas y destrozando el retrato de mi padre. Y por cierto, de no haber sido por su miedo a la muerte, hace tiempo que se habría destruido a sí mismo para arrastrarme a mí en su caída. Pero su amor a la vida es maravilloso. Digo más: yo, que siento náuseas y escalofríos al solo pensar en él, cuando recuerdo la abyección y la pasión de nuestro vínculo, y cuando comprendo cuánto teme él a mi poder de destruirlo por medio del suicidio, encuentro en mi corazón piedad hacia él.

Es inútil prolongar esta descripción, y además ya no tengo tiempo. Baste con decir que nadie ha sufrido jamás tormentos semejantes. Y, sin embargo, hasta para estos me trajo el hábito, si no un alivio, sí una cierta insensibilidad, una cierta resignación a la pérdida de esperanzas. Y mi castigo podría haberse extendido por años, de no haber sido por la última calamidad que ahora ha ocurrido, y que me ha separado definitivamente de mi propio rostro y de mi propia naturaleza. Mis existencias de sal, que no habían sido renovadas nunca desde el día del primer experimento, comenzaron a acabarse. Mandé a buscar una nueva provisión, e hice la mezcla; siguió la ebullición y el primer cambio de color, pero no el segundo; la tomé, sin ningún efecto. Sabrás por Poole cómo hice revolver de arriba abajo todo Londres. Fue en vano. Y ahora estoy persuadido de que mi primera partida era impura, y que fue esa desconocida impureza lo que dio eficacia a la bebida.

Ha pasado cerca de una semana, y ahora estoy terminando esta declaración bajo la influencia del último de los viejos polvos. Esta es pues la última vez, si no ocurre un milagro, que Henry Jekyll puede pensar sus propios pensamientos o ver su propio rostro (¡qué tristemente alterado ahora!) en el espejo. No debo demorar el fin de este relato, porque si hasta ahora ha escapado de la destrucción ha sido por una combinación de gran prudencia y de mucha buena suerte. Si los dolores del cambio me sorprendieran mientras lo escribo, Hyde lo haría pedazos. Si me asaltaran, en cambio, después de algún tiempo de haberlo terminado, probablemente su maravilloso egoísmo y su tendencia a vivir en el puro presente lo salvarían una vez más de la acción de su brutal rencor. Aunque es verdad que la sentencia que se nos acerca a ambos ya lo ha cambiado y quebrantado. Dentro de media hora,

cuando una vez más, y para siempre, vuelva a vestir esa odiada personalidad, sé que estaré sentado, temblando y llorando, en mi silla, o que seguiré recorriendo este cuarto (mi último refugio en el mundo) de un lado a otro, tratando de oír, tenso y temeroso, cualquier ruido amenazador. ¿Morirá Hyde en la horca, o encontrará el coraje para librarse de sí mismo en el último momento? Solo Dios lo sabe; a mí ya no me importa. Esta es la verdadera hora de mi muerte, y lo que siga le concierne a otro, que no soy yo. Aquí pues, al dejar la pluma y cerrar esta confesión, pongo fin a la vida del desventurado Henry Jekyll.

Notas

[p. 29] Sobre la dedicatoria a Katharine de Mattos: Katharine era prima de Stevenson. Hermana de Bob Stevenson –con quien Robert Louis mantuvo desde joven una estrecha relación de amistad y camaradería intelectual–, Katharine provocó un escándalo familiar al casarse con, y luego divorciarse de, Sydney de Mattos, un “ateo de Cambridge”. En este breve poema de dedicatoria, Stevenson opone al mundo de los preceptos y mandatos religiosos, aludido en el primer verso, un conjunto de imágenes (la de la naturaleza agreste y bárbara [*heathen*], la de la alegría “gentil” [*bonny*] con la que los prados se agitan al viento) que, jugando con resonancias de evidente tono pagano, declaran su apoyo a su prima “descarriada” y revelan su oposición a la moral calvinista dominante.

[p. 34] *Juggernaut*: En hindi (el idioma del Indostán), *Jagannarth*, “señor del mundo”, que es el nombre o título que se daba a Krishna, la octava encarnación de Vishnú. En la procesión anual en Puri, Orissa, el ídolo de esta deidad era paseado en un carro enorme, bajo cuyas ruedas, según se dice, muchos fieles se arrojaban para ser triturados. La imagen es pues la de una fuerza enorme, sobrehumana y tremendamente destructiva.

[p. 37] La frase original es “... *the more it looks like Queer Street...*”: Queer Street es el nombre de una calle imaginaria donde se supone que viven las personas con dificultades de todo tipo.

[p. 43] *Damon and Pythias*: Damon –Daimon– era un pitagórico, famoso por su amistad con Phintias –Pitias– (del cual Pythias es una frecuente deformación), en la época de Dionisio, según refiere Virgilio en las *Églogas*. La pareja “Daimon y Pitias” simboliza así la más firme y constante amistad. (Por solo citar un ejemplo notorio, en *Hamlet* el príncipe se dirige a su gran amigo Horacio diciéndole “*For thou dost know, O Damon dear*” [“Porque tú sabes, oh, Daimon querido”, III.2.255], y las ilustraciones literarias de este tópico podrían multiplicarse).

[p. 45] “*If he be Mr. Hyde, he had thought, ‘I shall be Mr. Seek’*”: Juego de palabras. *Hyde* se pronuncia del mismo modo que *hide*, “esconderse”, y *seek* significa “buscar”. “*Hide and seek*” es el nombre en inglés del juego de las escondidas.

[p. 48] *Dr. Fell*: La referencia es al prestigioso teólogo Dr. John Fell (1625-1686), que fue capellán del rey Carlos II, deán, vicescanciller y más tarde obispo de Oxford, y titular de la Oxford University Press. Parece ser que, en cierta ocasión en que J. T. Browne se encontraba al borde de la expulsión de la Universidad de Oxford, Fell le ofreció el perdón si era capaz de improvisar una traducción al inglés de dos líneas de los *Epigramas* de Marcial. Se trataba de:

*Non amo te, Sabidi, nec possum dicere quare;
Hoc tantum possum dicere, non amo te.*

Ahora bien: algo de desagradable debía tener sin duda este Fell, porque Browne lo incorporó a su traducción, que hizo de inmediato, vertiendo los versos latinos en una cuarteta que se volvió famosa:

*I do not love thee, Dr. Fell;
The reason why I cannot tell;
But this alone I know full well,
I do not love thee, Dr. Fell.*

(“No me gustas, Dr. Fell / El porqué yo no lo sé / Solo esto sé muy bien: / No me gustas, Dr. Fell”). Así, la expresión “Dr. Fell” pasó a usarse para aludir a las personas que –como Hyde en el relato de Stevenson– despiertan una antipatía o repugnancia profunda pero vaga, cuyas causas no pueden indicarse con precisión.

[p. 50] *pede claudo*: Con paso vacilante o cojo, es decir, con cierta demora.

[p. 112] *captives of Philippi*: Alusión a una historia referida en los *Hechos de los apóstoles*, 16, donde se narra el episodio en que un terremoto en la ciudad de Philippi hizo estallar las puertas de la prisión donde Pablo y Silas estaban en cautiverio.

[p. 117] *Babylonian finger on the wall*: Referencia al episodio narrado en el *Libro de Daniel*, 5, en el que Daniel interpreta una sentencia escrita sobre una pared, que profetiza la caída del rey Belshazzar.

